

EL FIN DE LAS SOMBRAS

CLARK CARRADOS

Sobre la llanura marciana se alzaba el leve rumor de las bombas que trabajaban continuamente, extrayendo de las profundidades del rojo planeta el líquido vital contenido en su interior.

La gran factoría estaba construida subterráneamente, pero en el exterior podían verse los edificios de control y, junto a ellos, las bocas de los grandes tubos por los que el agua salía en continua catarata, derramándose en el suelo sin solución de continuidad.

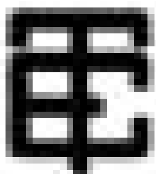
Había dos decenas o más de aquellas bocas, esparcidas en una longitud de mil quinientos metros, aproximadamente, Todas ellas estaban orientadas hacia el mismo sitio y por ellas brotaba un inextinguible caudal de líquido que, lentamente, pero de modo continuo y sin interrupción, se iba acumulando en la superficie del planeta.



Clark Carrados

El fin de las sombras

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 240



ePub r1.0
LDS 31.12.18

Título original: *Título*
Clark Carrados, 1960
Cubierta: Ayné
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



El FIN de LAS SOMBRAS



CAPÍTULO PRIMERO


obre la llanura marciana se alzaba el leve rumor de las bombas que trabajaban continuamente, extrayendo de las profundidades del rojo planeta el líquido vital contenido en su interior.

La gran factoría estaba construida subterráneamente, pero en el exterior podían verse los edificios de control y, junto a ellos, las bocas de los grandes tubos por los que el agua salía en continua catarata, derramándose en el suelo sin solución de continuidad.

Había dos decenas o más de aquellas bocas, esparcidas en una longitud de mil quinientos metros, aproximadamente, Todas ellas estaban orientadas hacia el mismo sitio y por ellas brotaba un inextinguible caudal de líquido que, lentamente, pero de modo continuo y sin interrupción, se iba acumulando en la superficie del planeta.

Sobre un pequeño montículo, situado a corta distancia de los edificios de control, dos hombres, provistos de sus correspondientes

máscaras de oxígeno, contemplaban el incesante fluir del agua que se iba acumulando poco a poco en una gran sabana espejeante cuya extensión alcanzaba hasta más allá del límite visual.

—Éste es un gran día para nosotros —dijo uno de los dos hombres, en cuyas sienes se veían ya las primeras hebras de plata, indicadoras de una madurez física que, no obstante, estaba, aún muy lejos del natural declive senil propio del paso de los años—. Nuestros sueños —continuó—, acariciados durante generaciones enteras, están a punto de cumplirse.

El otro hombre era más joven. Contaría unos treinta años de edad y se le adivinaba robusto y de atlética complexión. Asintió con la cabeza.

—Pronto podremos despojarnos de las máscaras. Es terriblemente agobiador tener que salir al exterior con ellas y no poder quitárselas sino en el interior de las casas.

—Aún tardaremos algunos años en conseguir lo que dices, Gerard —contestó el más viejo—. Pero los niños nacidos últimamente ya no las precisan. Se han habituado a esta escasez de oxígeno y corren y juguetean por el suelo marciano sin otra protección que la derivada de las temperaturas que aquí son corrientes.

—El agua impulsará fantásticamente el crecimiento de nuevos bosques —dijo el llamado Gerard—. Y nuevos bosques significan más oxígeno. Y más oxígeno… significa, por fin, nuestra libertad de vivir como…

Se interrumpió bruscamente. Miró a su compañero con el rostro ligeramente arrebolado.

El otro sonrió.

—Termina lo que ibas a decir, Gerard. Vivir como terrestres, ¿no?

El joven hinchó el pecho.

—Al fin y al cabo —exclamó con orgullo—, descendemos de allí.

—Pero somos marcianos —contestó su compañero—. No lo olvides. Tú y yo y cuantos vivimos actualmente en este planeta descendemos de las primeras expediciones colonizadoras, iniciadas en los albores del segundo milenio de la humanidad. Desde entonces han transcurrido dos siglos y medio… y es ahora cuando empezamos a tocar los beneficios de un trabajo rudo y tenaz,

ejecutado sin apenas descanso durante generaciones enteras.

—El agua permitirá una vida más fácil en Marte, profesor Ridelius —dijo Gerard, dando a su compañero el nombre y tratamiento adecuados.

El profesor dijo:

—Es cierto. Sin embargo, todo no acaba en haber encontrado agua y proyectarla al exterior, extendiéndola en depresiones geológicas estudiadas de antemano.

—El agua es la vida, profesor.

—«Casi», pero no toda. Pongamos… un noventa y ocho por ciento.

—¿De veras? Y ¿en qué consiste ese dos por ciento restante?

—En la vida animal, Gerard.

—¿Vida… animal? —exclamó el joven, estupefacto.

—Exactamente. Obtenemos agua del subsuelo marciano donde la hay en cantidades realmente incalculables. En algunos sitios, como habrás visto en otras estaciones extractoras, está situada a gran profundidad, por lo que brota a elevadas temperaturas. Por ejemplo, en lo que será dentro de poco el auténtico Mar Eritreo. Esto, sin embargo, no es de gran importancia, porque pronto el agua adquiere la temperatura ambiental.

»Pero habrás podido darte cuenta de una cosa: el agua brota sola, sin vida animal, a excepción de algunos infusorios microscópicos que, nocivos o no, son destruidos en las estaciones filtradoras cuando ese líquido se utiliza para beber y para las necesidades humanas. Es indudable que, con el tiempo, tales infusorios irán desarrollándose y, poco a poco, creciendo y evolucionando hasta alcanzar tamaños mucho mayores. Es decir, que se convertirán en animales de Dios sabe qué formas, pero, en todo caso, aprovechables para las necesidades de nuestra raza.

—Pero… ¡tardarán millones de años en evolucionar, profesor!

Ridelius asintió.

—Cierto. Por eso nosotros no podemos esperar tanto y hemos puesto en marcha la que hemos dado en llamar «Operación Acuarium».

—«Operación Acuarium» —repitió Gerard, asombrado.

—Exactamente. Pero regresemos a casa. Te lo iré contando durante el camino.

Amigablemente, Ridelius tomó del brazo a su compañero y ambos emprendieron el descenso del montículo.

—Has leído numerosos libros y presenciado la proyección de demasiadas películas para ignorar lo que sucedió con nuestro desgraciado planeta originario, hace poco más de doscientos años, cuando en Marte apenas si existían cinco o seis mil colonos, afortunadamente de ambos sexos. Entonces una nube de polvo cósmico, arrastrada por las corrientes del espacio, penetró en el Sol.

»La nube estaba compuesta, principalmente, de moléculas de hierro. Gracias a Dios, el carbono estaba completamente ausente, de lo contrario, nuestro astro rey se hubiera convertido en una estrella nueva, estallando como una descomunal bomba nuclear que habría arrasado el sistema solar.

»Sin embargo, la continua lluvia de partículas ferruginosas sobre el sol provocó una inusitada elevación en la temperatura de éste. Venus y Mercurio quedaron arrasados totalmente. Hoy son dos pedruscos que flotan en el espacio milagrosamente. La Tierra sufrió también los efectos de tal cataclismo cósmico.

»Las temperaturas llegaron a alcanzar límites insospechados que acabaron con la humanidad. Aquel planeta, antes floreciente y sede de un emporio de civilización y riqueza, quedó convertido en una bola que gira en el espacio, sin vida inteligente.

—He oído decir —murmuró Gerard— que algunos consiguieron salvarse.

—Es posible —contestó el profesor—. En todo caso, no hemos tenido noticias de ellos. Continuemos.

»La temperatura habitual de la fotosfera o capa externa del Sol era de unos cuatro mil quinientos grados. Durante el transcurso de aquel fenómeno, la temperatura subió a más del doble, acompañado todo ello por grandes erupciones internas que lanzaban protuberancias de llamas hasta ocho y nueve millones de kilómetros de distancia, es decir, varias veces el diámetro del Sol, que, como sabes, es de aproximadamente un millón cuatrocientos mil kilómetros.

»La desusada actividad solar provocó un colapso total de las comunicaciones, en especial las inalámbricas. Los hielos se fundieron, y el nivel de los mares aumentó enormemente. Grandes zonas, precisamente las más densas y pobladas y más civilizadas,

quedaron anegadas por la subida de las aguas. Se produjeron terribles cataclismos geológicos, formidables convulsiones de la corteza terrestre, debidas al recalentamiento del Sol. Todas las nieves perpetuas de las montañas se fundieron rápidamente, causando espantosas inundaciones que provocaron millones y millones de muertos. Y, en fin, el que no murió ahogado o destrozado, lo fue asfixiado por la temperatura que llegó muy cerca del punto de ebullición del agua.

—¡Cien grados! —exclamó Gerard.

—Casi —sonrió el profesor—. Se supone que algunos pudieren refugiarse en el interior de grutas, pero lo más probable es que murieran. La nube de polvo cósmico tardó años en pasar, con diferentes alternativas de densidad, y la temperatura elevada se mantuvo largo tiempo, probablemente, faltos de alimentos y pertrechos, aquellos desgraciados debieron perecer.

—Y hoy la Tierra es un planeta muerto y desierto.

—No del todo —repuso Ridelius.

Gerard se le quedó mirando, muy extrañado.

—Los animales tuvieron que perecer también, profesor.

—Por supuesto, pero sólo los terrestres.

—Entiendo —dijo el joven, con los ojos brillantes—. Los peces no.

—Justamente. Naturalmente, morirían la mayoría de peces de agua dulce, sobre todo los de los ríos y lagos poco hondos. Pero en los lagos profundos como son, por ejemplo, los de la región norteamericana, tuvieron que sobrevivir, yéndose a capas más hondas donde la temperatura del agua apenas si sufrió modificación. Y lo mismo sucedió con los peces de agua salada.

Gerard chasqueó los dedos.

—Por eso se pone en marcha la «Operación Acuarium».

—Cierto. Vamos a tener mares y lagos auténticos, no ficticios como figuraban hasta ahora en los mapas. Pero ¿de qué nos servirían esos mares si permanecieran desiertos?

Ya llegaban a los edificios de control.

—Debo presentarle una objeción, profesor —dijo el joven.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Verá: si, como supongo fundadamente, importamos de la Tierra peces de agua salada, ¿cómo los vamos a aclimatar aquí,

donde toda el agua que brota es dulce?

Ridelius sonrió bajo la máscara.

—Craso error, amiguito —dijo—. Claro que tú no estás obligado a saberlo. Tu profesión es la de técnico, no de investigador. Cierto que traeremos peces de mar… a un mar salado, concretamente el Eritreo que he citado antes. El agua que extraen aquellas bombas contiene una proporción de sales muy parecida a la de los mares terrestres. Esto ha sido una bendición de Dios para nosotros, querido amigo.

—De modo que traeremos peces de agua dulce y salada. Pero ¿cómo? —preguntó Gerard.

—Se han pensado dos métodos —contestó el profesor, justamente en el momento en que un hombre salía a su encuentro desde un edificio próximo.

—Hola, profesor —dijo—. ¿Cómo estás, Gerard?

Los dos hombres contestaron al saludo.

—Perfectamente, Cokran —dijo el profesor—. Vamos adentro y veremos cómo funcionan las bombas…

Cokran soltó una risita.

—No hay cosa más perfecta que esta maquinaria, profesor —dijo, abriendo la esclusa.

Una vez dentro y merced a una presión atmosférica equivalente a la de dos mil quinientos metros de altitud —terrestre, por supuesto—, se despojaron, de las máscaras. Gerard suspiró, visiblemente aliviado.

—¡Uf! —exclamó—. Cada vez que he de ponerme uno de estos artefactos me siento enfermo.

Ridelius sonrió, en tanto se acercaba a uno de los cuadros de control, de los cuales estaba atestada la enorme sala. En el cuadro, numerosas lamparitas testigo se encendían y apagaban alternativamente, indicando las fluctuaciones de la maquinaria.

—Todo va bien, profesor —dijo Cokran, ingeniero jefe del servicio en aquellos momentos—. Ha costado casi un cuarto de siglo montar esta maquinaria, pero al fin estamos recogiendo el fruto de nuestro trabajo.

Ridelius sonrió, en tanto miraba por la ventana hacia el exterior. A unos veinte o treinta metros de distancia, un enorme tubo, de más de un metro de diámetro, vomitaba sin cesar una catarata de agua.

El tubo tenía forma de codo redondeado y sobresalía apenas un par de metros del suelo, hallándose situado en el borde de un pequeño acantilado de unos seis o siete metros de altura. El acantilado concluía en un plano inclinado, parecido a una playa bastante pronunciada, por el cual corría el agua en espumeante torrente hasta unirse al resto, a unos doscientos metros de distancia y cien de profundidad, con respecto al farallón.

—A razón de cinco metros cúbicos por segundo, cada tubo vomita cada día la increíble cantidad de cuatrocientos treinta y dos mil diarios —manifestó el ingeniero—. Si esto se multiplica por veintidós bocas que tenemos montadas, suma nueve millones y medio de toneladas diarias.

Gerard lanzó un suave silbido con el cual quería expresar su asombro.

—Una cifra realmente fantástica, profesor —manifestó.

—De la cual —contestó el aludido—, hay que descontar, por lo menos, un cinco por ciento, que se pierde por evaporación.

—Aun así, la cantidad que queda es fabulosa.

—Sin embargo —dijo Cokran—, tardaremos todavía mucho tiempo en parar la maquinaria.

—Debe exigir un gasto de energía tremendo —comentó Gerard.

—Toda la electricidad es producida por ingenios nucleares —respondió Cokran—. Sin embargo, hay lugares donde se están construyendo presas para, aprovechando el desnivel existente, montar centrales eléctricas. Es una energía más cara, pero —suspiró melancólicamente— nuestras existencias de material fisionable son escasas y terminarán por agotarse.

—Hay gente dedicada a la prospección de yacimientos uraníferos —dijo el profesor.

—Desde luego —concordó el ingeniero—. Pero recuerde que la mayoría del Gran Consejo se opone a una excesiva utilización de la energía atómica. Es barata y, prácticamente, ilimitada. Sin embargo, es preciso recordar que aquí no podemos disponer de los inmensos océanos que hay en la Tierra y a los cuales se arrojaban los residuos radiactivos procedentes de la fisión. Y aun así, a pesar de todo, en los últimos tiempos antes de la gran catástrofe, el exceso de radiactividad empezaba ya a preocupar a la gente.

—Por mi parte encuentro acertado que se limite el uso de dicha

energía —aprobó el joven—. He leído mucho sobre el particular, y aunque estoy seguro de que por ahora no me afectaría, espero, sin embargo, casarme un día. No me agradaría dejar un problema semejante a mis hijos.

—Todo puede compaginarse —declaró el profesor—. La verdad, sólo llevamos doscientos cincuenta años sobre el suelo de Marte y hemos adelantado más que la humanidad terrestre en un millar de siglos.

—Pero es porque nuestros antepasados traían a cuestas la ciencia y la experiencia de esos mil siglos y nosotros las hemos aprovechado concienzudamente —exclamó Gerard.

Ridelius sonrió, en tanto apoyaba la mano sobre el hombro del joven.

—Eres demasiado impulsivo, cosa natural en un hombre de tu edad. También yo, cuando tenía tus años, solía portarme de forma parecida. El transcurso de los años da una quietud y una seriedad que no pueden lograrse de otra manera.

Gerard sonrió también.

—Quizá le he molestado, profesor.

—En absoluto, muchacho. Te aseguro que, a tu lado, me siento joven y… —Una sombra de melancolía tiñó su voz por un momento — y viéndote con frecuencia echo de menos al hijo que perdí.

Gerard asintió. Conocía la historia. Había sucedido diez años antes. Se había enviado una nave de exploración a la Tierra, en donde las condiciones de habitabilidad —se suponía—, eran ya óptimas, pero ninguno de los miembros de la expedición había regresado. Durante largo tiempo se intentó comunicar con los astronautas, sin conseguirlo, hasta que, por fin, hubo de considerárseles oficialmente muertos. Y, después de este fracaso, el Gran Consejo había denegado terminantemente toda autorización para emprender una segunda expedición. Ferd Ridelius había sido el segundo comandante de la nave exploradora, y su padre no había podido consolarse del todo de su pérdida.

Gerard sabía que Ridelius quería lanzar ahora esta nueva expedición, basada en unos motivos mucho más poderosos que los de una simple incursión exploratoria en busca de vida humana en el planeta-origen. Ahora ya no se trataba de buscar hombres…, sino animales.

También sabía que el profesor contaba con poderosos enemigos dentro del Gran Consejo. Hombres llenos de envidia y rencor, que no perdonaban a Ridelius la fama y el prestigio científicos que había adquirido a lo largo de sus cuarenta años de incansables trabajos en pro del bienestar y de la civilización marcianas, hombres a quienes molestaba enormemente la popularidad de que gozaba el profesor, quien fácilmente, a poco que se lo hubiera propuesto, habría podido hacerse con la presidencia vitalicia del cónclave que gobernaba el planeta. Pero Ridelius sólo quería su trabajo y por ello había rechazado siempre, de plano, todas cuantas ofertas se le habían hecho. La construcción —y conclusión— de los trabajos en busca de agua en el subsuelo marciano eran, prácticamente, obra suya, y esto era algo que haría pasar su nombre a la posteridad con una aureola indestructible.

El profesor era un hombre bueno.

Gerard quiso distraer al profesor de sus tristes pensamientos.

—Antes dijo que traeremos peces de la Tierra. Habló de dos métodos, profesor. ¿Quiere explicárnoslos?

Cokran escuchaba con gran atención.

—Muy gustosamente, muchacho. Uno de ellos será, sencillamente, la hibernación. Se cogerán los peces, sumiéndolos en un letargo que les haga dormir durante el viaje. Después, se les despertará en Marte, arrojándolos luego a estanques ya preparados de antemano, en donde permanecerán una larga temporada, creciendo y multiplicándose antes de ser soltados en los lagos y mares que estamos creando.

»Y el segundo método consistirá en traer alevines, crías de peces, en tanques instalados en las astronaves. Puede fallar uno de los dos métodos, pero es sumamente improbable que fracasen los dos.

Gerard asintió.

—Sin embargo, criar los peces y hacer que se desarrollen precisará un tiempo bastante largo, profesor.

—Lo más probable es que hayáis de permanecer en la Tierra un año…, o quizá más, Gerard. No sabemos las condiciones de vida que reinan en el planeta actualmente, por lo que necesariamente habréis de ir bien pertrechados para que nada os falte durante vuestra estancia allí.

Ridelius consultó de pronto su reloj.

—Se nos está haciendo tarde ya. Vámonos, muchacho.

CAPÍTULO II


n la puerta del edificio donde tenía instalada su sede el Gran Consejo, Gerard, al día siguiente, se encontró con una persona conocida.

Tratábase de una atractiva joven, de unos veintisiete o veintiocho años de edad, de cabellos castaños y ojos pardos, en cuya boca se advertía un continuo rictus de tristeza. El holgado traje —blusón y pantalones de tela color amarillo claro— no alcanzaba a disimular del todo la esbeltez de sus formas.

La expresión de tristeza, desapareció del rostro de la joven al verle.

—Hola, Gerard —dijo, sonriéndole, en tanto le estrechaba la mano—. ¿Tú también asistes al consejo?

—Es claro —contestó él—. Si la propuesta se aprueba, seré el comandante de una de las dos naves…

La joven arqueó las cejas.

—¡Qué casualidad! Yo también formaré parte de la expedición,

caso de que, como dices, prospere la propuesta.

—¡Caramba! —exclamó Gerard—. ¿Puedo saber en calidad de qué viajarás, Leyda?

—Sí. Seré el experto en ictiología de la «Operación Acuarium».

Gerard lanzó un suave silbido.

—Esto sí que es una gran sorpresa para mí, Leyda. No sabía que tú…

Ella asintió, sonriendo tristemente.

—Ya hace tiempo que el profesor me comunicó sus planes. Naturalmente, no quiso hacerlos públicos hasta que estuvo seguro de que el agua brotaría del subsuelo en cantidades suficientes. Por supuesto —añadió la joven—, mi experiencia en esa rama del saber es más bien escasa. Como puedes comprender, los primeros colonos del planeta no se preocuparon mucho que digamos de traer libros sobre peces. Y luego…, cuando la catástrofe que asoló la Tierra, todo viaje interplanetario quedó interrumpido hasta…, hasta que…

Una lágrima asomó a los lindos ojos de Leyda. Gerard conocía la historia.

Diez años atrás, cuando Leyda contaba solamente diecisiete, era la prometida de Ferd Ridelius, el hijo del profesor. Ambos estaban sinceramente enamorados y pensaban casarse cuando Ferd regresase de la Tierra. El joven, sin embargo, no había vuelto jamás.

Gerard se había dicho en más de una ocasión que, de no haber sido por la persistencia de los sentimientos de Leyda, se hubiera casado con ella. Leyda, no obstante, había confiado en volver a ver a Ferd algún día. Nunca había perdido la esperanza y por ello permanecía soltera a una edad en que la mayoría de las marcianas tenían ya dos o tres hijos cuando menos.

—¿Todavía sigues esperándole? —preguntó.

Leyda suspiró.

—Sí. Gerard, estoy segura de que Ferd no ha muerto.

Gerard meneó la cabeza. Pero no quiso decirle nada; le resultaba penoso objetar algo a aquel duradero sentimiento que no había variado un ápice a lo largo de dos lustros.

La gente que les rodeaba comenzó a penetrar en el edificio. Éste, como todos, se hallaba situado bajo gigantescas cúpulas transparentes de plástico, sostenidas por la presión del aire contenido en su interior, de modo que no era necesario utilizar

máscaras dentro de las ciudades marcianas, compuestas por centenares y aun millares de tales cúpulas.

Gerard tomó el brazo de la joven, abriéndose paso a través de la espesa masa de público que quería asistir a la sesión. Las deliberaciones serían transmitidas en directo a todas las ciudades del planeta por la televisión, de modo que todos los habitantes pudieran ver y oír el desarrollo de los debates.

La sala del consejo era enorme, semicircular, con una amplia tribuna para el público situada frente al estrado donde se colocaban los componentes del consejo. Éste se situaba bajo una pared en la cual se veía el escudo del planeta: un globo rojo, en campo de azul, con veinte estrellas de plata, representando cada una de las veinte regiones en que, a efectos administrativos, se había dividido el planeta. Como divisa se había adoptado la de una antigua nación terrestre: «Plus Ultra», la cual campeaba en una banda de oro que envolvía la parte inferior del disco rojo.

Bajo el escudo del planeta veíanse los quince asientos, tras sus correspondientes pupitres, destinados a los miembros del consejo. Delante de ellos, en un plano inferior, estaban las mesas de taquígrafos y ujieres y, casi en el centro, el estrado destinado a los testigos y oradores. Las cámaras de televisión eran dos, situadas una a cada lado del salón, a fin de no estorbar la vista a los concurrentes.

Pronto estuvo ocupada la tribuna del público. Gerard y Leyda consiguieron dos asientos casi de primera fila y se mantuvieron en pie, esperando la entrada de los consejeros.

El murmullo de la gente cesó de modo brusco cuando un ujier golpeó con un mazo sobre la mesa que tenía frente a sí.

—¡Oíd, oíd, oíd! —gritó tres veces—. ¡Los honorables miembros del Gran Consejo de Marte se reúnen!

Casi inmediatamente, una hilera de hombres de todos los tipos, aspectos y edades, apareció por una puertecita lateral, caminando hacia sus sitiales. A la cabeza de todos iba un individuo de majestuoso aspecto, con la cabeza completamente blanca, que fue a ocupar la silla central, elevada algunos centímetros sobre las catorce restantes.

—¡El Gran Consejo está reunido! —anunció el ujier.

El público se sentó. Inmediatamente, un escribano se adelantó

con un papel en la mano.

—¡Atención, atención, atención! —voceó—. Cítase ante el Gran Consejo del planeta Marte al llamado Ymer Ridelius para que informe acerca de sus propósitos de emprender una expedición al tercer planeta de nuestro sistema. ¡Ymer Ridelius, al estrado!

Gerard inclinó el busto hacia adelante. El profesor, con una gruesa carpeta bajo el brazo, avanzó por el espacio vacío subiendo luego al estrado de los testigos, en el cual había un pupitre destinado a dejar los documentos y poder tomar notas. Sobre el mismo se advertía la pequeña protuberancia de un micrófono.

El profesor hizo una exposición completa y detallada de sus propósitos, sin omitir detalle. Su discurso, breve y conciso, duró sin embargo cerca de una hora, durante cuyo espacio no dejó punto sin tocar ni tema sin aclarar.

El discurso fue escuchado en religioso silencio por el público y los miembros del consejo. Al terminar, el presidente miró a derecha e izquierda.

Dijo:

—Oído el manifestante, compete a mis distinguidos compañeros adoptar una decisión sobre el particular.

Uno de los consejeros, Vureys, se puso en pie.

—Antes de proceder a la votación, la cual, como es de ley, será pública, estimo procede interrogar al manifestante.

El presidente dijo:

—¿Profesor Ridelius…?

—Estoy dispuesto a contestar a todas las preguntas que se me hagan.

Vureys extendió el dedo.

—Profesor, ¿ha pensado usted en los peligros a que expone a los expedicionarios al enviarlos a un lugar tan peligroso como es la Tierra? Recuerde que la expedición anterior se perdió totalmente, con vidas y bienes.

—Lo sé, consejero —respondió Ridelius sin inmutarse—. Puedo añadir, además, que todos los miembros son voluntarios, conocen los riesgos y están dispuestos a afrontarlos totalmente por el bien de Marte.

—¿Por el bien de Marte? —rió sarcásticamente Vureys—. ¿No será mejor por satisfacer su vanidad científica, profesor?

El presidente levantó la mano.

—Objeción. La pregunta no constará en acta. Vureys se mordió los labios. Miró un instante a Ridelius y luego prosiguió:

—Formularé mi pregunta de otra manera. Son dos astronaves las que arriesgamos, construidas al precio de Dios sabe qué esfuerzos. Esto aparte, hay cincuenta vidas por cuya conservación debemos velar, como velamos por la de los demás habitantes de nuestro planeta. Ahora bien, ¿merece la pena que se arriesgue tanto por tan poco?

—Desearía que el honorable consejero se explicase un poco mejor —sugirió Ridelius.

—¡Qué canalla! —murmuró Gerard desde su asiento—. Desde siempre le ha guardado un odio infinito.

—¿Por qué? —preguntó Leyda con un cuchicheo.

—Vureys quería ser director técnico del proyecto de extracción de aguas. Ridelius demostró su incompetencia, comparable sólo a su habilidad para manejar votos electorales, y esto, claro, Vureys no se lo ha perdonado jamás. Pero escucha, escucha…

El atrabiliario consejero proseguía sus diatribas.

—Sí, ya sé lo que me va a decir, profesor. Que quiere importar peces de la Tierra. ¡Peces! ¿Alguien de vosotros. —Y se dirigió con ambos brazos abiertos al expectante auditorio— ha visto jamás un pez?

Alguien soltó una gansada.

—¡Yo tengo ganas de comer salmón ahumado!

El salón entero estalló en risas, a duras penas acalladas por el martillo del ujier. Vureys enrojeció violentamente y trató de fulminar con la mirada al importuno.

Cuando el silencio se hubo rehecho de nuevo, Ridelius prosiguió:

—Hace doscientos cincuenta años que sólo comemos alimentos transformados, es decir, procedentes de una adecuada elaboración de las plantas que crecen en Marte. Puede ser que, inexplicablemente, hayan podido sobrevivir algunos animales domésticos en la Tierra, pero, aun cuando esto fuera verdad y lográramos traerlos a Marte, pasarían años antes de que pudieran vivir en el exterior. No podríamos procurarles máscaras de oxígeno a todos y, además, ¿cómo pastarían con la máscara puesta? Por otra parte, las necesidades de nuestra población van creciendo de día en

día. Es indudable que llegará un momento en que no podremos echar mano de nuestros futuros bosques; los necesitamos para que, por medio de la fotosíntesis, produzcan oxígeno. Si los talamos para producir esos alimentos, y es bien sabido qué poca cantidad de comida dan, pese a todos los adelantos, ¿cómo podremos producir ese oxígeno que necesita nuestro planeta para poder vivir un día en el exterior sin máscara? Por otra parte, los bosques son reguladores de la temperatura y de los fenómenos meteorológicos. Los necesitamos para que humedezcan el ambiente con la evaporación de sus hojas y… bueno, no es necesario seguir más.

»En cambio, aclimatando peces, que pueden respirar el oxígeno disuelto en el agua, tendremos resuelto un importantísimo problema. Dentro de diez, de veinte años como máximo, nuestros lagos y nuestros mares pueden rebosar de pesca, la cual subvendrá a todas nuestras necesidades alimenticias, independientemente de que sigamos comiendo también alimentos vegetales.

Una cerrada ovación acogió las últimas palabras del profesor. Los habitantes de marte habían escuchado el discurso en el que se les anunciaba la sensacional nueva y, de corazón, estaban al lado de Ridelius.

El profesor no había triunfado, sin embargo. Otro consejero, Hireo, íntimo de Vureys, se puso en pie.

—Hace diez años se envió una cosmonave exploratoria al planeta Tierra. Todos sus componentes murieron… o, al menos, eso es lo que se supone. El segundo comandante era hijo suyo, profesor. ¿No está tratando de embaucarnos, con un suculento panorama de salmón ahumado y truchas a la parrilla para enviar esa expedición y ver si su hijo pudo sobrevivir?

El rostro de Ridelius se encendió súbitamente. En la tribuna, Leyda trató de ponerse en pie, pálida de ira…

—¡Ése…! —barbotó Leyda.

—Silencio —le recomendó el joven—. Ten en cuenta que no podemos estropearle la votación.

—Es que no hay derecho a ponerle objeciones semejantes —se quejó la muchacha.

—Son individuos rastreros y mezquinos, ansiosos de popularidad. Déjalos.

El profesor estaba dando la respuesta.

—La suerte de mi hijo es lo que menos importa en estos momentos, consejero. Actúo así por la suerte de sus propios hijos, consejero Hireo. Y por la de millones de marcianos que tienen derecho a un sustancial mejoramiento de sus condiciones de vida. En Marte no hay peces. ¿Por qué no traerlos de donde, es racional suponerlo, los hay?

—¿Traerá también crías de ballena, profesor? —ironizó Vureys.

Ridelius le miró serenamente.

—Si la primera expedición triunfa, ¿por qué no en la segunda o en una tercera? La primera expedición puede servirnos de norma para las siguientes y, merced a ella, corregir sucesivos defectos.

Se levantó otro consejero.

—¿Por qué emplear dos astronaves, profesor? En su construcción se ha empleado algo que es mucho más precioso que el dinero, afortunadamente abolido en nuestro nuevo sistema de gobierno: el tiempo.

Infinidad de especialistas perdieron miles de horas construyendo y equipando esas naves, un tiempo que habría resultado preciosamente aprovechable en otros menesteres más útiles para nuestro planeta.

—Emplearemos dos naves para no correr riesgos innecesarios. Y si, como esperamos, todo funciona bien, la carga podría ser aumentada al doble, con la consiguiente repercusión en los beneficios del viaje.

—Me doy por conforme con la aclaración —dijo el consejero. Y se sentó.

El bilioso Vureys volvió a ponerse en pie.

—Todavía tengo que hacerle una pregunta, profesor. Usted trata de importar peces. Antes dijo que, merced a la menor gravedad de este planeta, se reproducirán con mucha mayor rapidez que en la Tierra, Ahora bien, creo yo, y espero que lo mismo sucederá con el resto de mis distinguidos compañeros de consejo, que no basta ir a la Tierra y echar una red para pescar los peces. Necesita un técnico en biología marina…

—Digamos mejor en ictiología, consejero —sonrió suavemente el profesor—. La ictiología es la ciencia que trata de los peces, marinos o de agua dulce.

Vureys se sofocó ante el correctivo. Pero no era tipo que se

dejase amilanar fácilmente.

Continuó:

—Y bien, hablábamos de ese experto…, ese ictiogolo…

—Ictiólogo, consejero.

—Ictiólogo —explotó Vureys—. Bueno, ¿dónde está? Porque si me enseña usted a alguien que sepa de los peces poco más de que viven en el agua, sea dulce, sea salada…

—Lo tengo ya nombrado para el caso de que se apruebe la expedición, consejero. Se trata de la señorita Leyda Torren, quien, a lo largo de años de largo y denodado esfuerzo, ha reunido toda la información posible, muy escasa por cierto, que contábamos en el planeta acerca de tal género de animales.

En aquel momento, Hireo se inclinó hacia Vureys hablándole al oído. Gerard sintió en su brazo la nerviosa presión de la mano de Leyda.

Vureys sonrió satisfecho. Se encaró con Ridelius.

—Tengo entendido, profesor, que la señorita Torren fue, en tiempo, prometida de su hijo desaparecido. ¿No tendrá su nombramiento algo que ver con un posible rescate del piloto Ridelius?

Un súbito silencio se expandió por el salón. Durante unos segundos, centenares de pares de ojos se clavaron ansiosamente en el profesor.

Ridelius dio al fin su respuesta; su tono era suave y calmoso.

—Si el honorable consejero puede presentarme otro experto en ictiología que iguale o supere los conocimientos de la señorita Torren, con gusto prescindiré de los servicios de ésta, para evitar posibles malentendidos. Creo, sin embargo —añadió—, que no podrá encontrar esa persona en los millones de habitantes que poblamos el planeta. La ictiología no es una ciencia que se estudie en nuestras universidades.

—Tendremos que crear esa rama —dijo el presidente, muy pensativo—. Sobre todo si la expedición tiene éxito.

—¡Protesto! —aulló Vureys—. Con todo el respeto debido a nuestro honorable presidente, protesto. El honorable presidente da por sentado, antes de someterse a votación, que se efectuará la expedición propuesta.

El presidente extendió la mano hacia el taquígrafo.

—Acepto la protesta. Que conste en acta. Y ahora mismo, dando por concluidas las objeciones, procédase a la votación.

—Que sea secreta —sugirió Hireo.

Un coro de «¡búuus!» salió al instante de la tribuna. El ujier aplacó los rumores a fuerza de martillazos.

—Emplearemos el procedimiento ordinario. Manos levantadas los que voten favorablemente.

Once manos se elevaron casi instantáneamente en el aire. Tres hombres, Vureys, Hireo y un tercer compinche, permanecieron quietos en sus sitiales, pálidos de rabia al escuchar los aplausos y vítores con que era acogido el triunfo del profesor.

Éste, dichoso y feliz, se reunió, momentos más tarde, con Leyda y Gerard.

La muchacha le abrazó impulsivamente.

—¡Cuánto me alegro de su victoria, profesor! —dijo.

Ridelius la miró emocionado.

—Yo también; pero, sobre todo, os envidio una cosa.

—¿Qué es ello, profesor?

—Vosotros podréis conocer la Tierra. Yo… no —concluyó melancólicamente.

CAPÍTULO III



staba todo dispuesto para la gran aventura.

Las astronaves partirían desde la base orbital instalada en el satélite Fobos, donde todavía se conservaban los edificios e instalaciones construidos para las astronaves que iban y venían de la Tierra, antes de que éste resultara destruido por la actividad solar.

El enlace con Fobos se hacía por medio de aviones cohete, los cuales llevaban ya muchos días transportando los pertrechos necesarios para tan largo viaje, así como los pasajeros y tripulantes de ambas naves y los operarios que las estaban poniendo a punto.

Faltaban ya pocas horas, y en torno a las astronaves se movía un verdadero enjambre de operarios y especialistas, todos ellos equipados con traje de vacío. Anclados junto al satélite se veían dos aviones cohete, dispuestos para transportar al suelo marciano a los especialistas, una vez las naves hubiesen emprendido el vuelo.

Esto no obstante, en el satélite quedaría una guardia permanente de comunicaciones, con el fin de mantener el enlace continuo con las naves y retransmitir a la capital todas las informaciones que se recibieran del mando de los aparatos. Salvo éstos, los demás regresarían al planeta.

En la cabina de mandos de su nave, la denominada «Ictius», Gerard, junto a su copiloto Murdy, ejecutaba el
«chek-list»
o repaso de instrumentos, verificando si todos ellos se encontraban en orden. Era una larga lista, de más de doscientos aparatos, y era preciso comprobar el buen funcionamiento de todos ellos para no exponerse a una avería, que, por pequeña que fuera, podría traer irreparables consecuencias en el espacio.

Alguien penetró de pronto en la cabina. Era Leyda.

—Gerard —dijo la joven—, ven.

El rostro de Leyda aparecía pálido y demudado. Gerard se puso en pie de inmediato.

Gerard dijo:

—Dispénseme un momento, Murdy.

—Cómo no, capitán.

Los dos jóvenes salieron fuera. En la cámara siguiente, Gerard se llevó una enorme sorpresa al ver a Ridelius.

—¡Profesor! —exclamó asombradísimo—. ¿Qué hace usted aquí?

—Aparte de venir a despediros personalmente, he querido traeros también una noticia muy importante. Tanto es así que no he querido confiarla al servicio ordinario de transmisiones con el fin de no causaros más perjuicios de los que seguramente tendréis que sufrir, caso de haberos avisado por radio.

Ridelius hizo una pequeña pausa. Luego dijo:

—El consejero Vureys irá con vosotros a la Tierra en calidad de delegado del Gran Consejo y como censor de la expedición, con la autoridad suficiente para nombrar y deponer cargos.

Gerard se quedó pálido.

—Eso —dijo al cabo —puede ser la ruina de todos— y no pudiendo contenerse, estalló—: ¡Condenación! ¿A quién diablos se le ocurrió esa maldita idea?

—Puedes suponértelo —dijo el profesor.

—Tenía que ser él, él en persona —exclamó Gerard rabioso—.

No discuto la conveniencia de nombrar un censor; jamás se me ha ocurrido meterme en política. Pero, después de las objeciones que puso, después de votar en contra, ¿por qué rayos ha de venir con nosotros?

—Es muy sencillo —intervino Leyda—. Si la expedición tiene éxito, como se espera, toda la gloria será para él. Y si fracasa… —La muchacha no terminó la frase, pero miró significativamente al profesor.

—Si fracasamos, no creo que quedemos muchos para exigirnos cuentas del fracaso —exclamó Gerard.

—Sea como sea, Vureys es el censor y será la máxima autoridad en la expedición. Naturalmente —dijo Ridelius—, no se inmiscuirá en tu manera de gobernar la «Ictius», pero sí puede deponerte si se le antoja, Gerard.

—Ganas me dan de renunciar ahora mismo —exclamó el joven —. Tanto tiempo esperando para esto, y ese… sinvergüenza…

El profesor le cogió del brazo.

—Gerard, no —exclamó mirándole fijamente a los ojos—. De ti depende en buena parte el éxito de la operación —luego volvió la vista hacia la muchacha—. Tú puedes tener también una buena parte en el triunfo, Leyda. Volved, os lo suplico. Y, sobre todo, evitad en lo posible los roces con el consejero.

—Lo haré porque usted lo dice, profesor —mascculló el joven—. Pero no porque ese tipo me sea simpático. Cada vez que me acuerdo de las objeciones que le puso durante la audiencia… ¿A santo de qué viene tanta insistencia en acompañarnos ahora, profesor?

—Hubiera sido un buen científico si no le hubiese dado por la política. Aún conserva cierta reputación, cosa que ninguno de sus compañeros de consejo posee. Ayer se celebró una reunión privada en la cual se acordó concederle el cargo de censor.

—A petición suya, seguramente —dijo Gerard.

El profesor dijo:

—Es claro. A nadie se le había ocurrido semejante idea. Bueno —concluyó el profesor—, es tarde ya y debo irme. Adiós, hijos. Volved, os lo suplico.

Estrechó fuertemente la mano de Gerard y luego abrazó a la muchacha.

—¡Cómo os envidio! —suspiró—. Conoceréis la Tierra… —Y de

pronto dio media vuelta y se alejó.

Los dos jóvenes se miraron fijamente durante unos momentos.

—Habremos de tener mucho cuidado —dijo ella.

Gerard sonrió.

—Lo tendremos. Procuraremos no dar ningún motivo de queja a ese buitre. Todo… antes que hacer fracasar al profesor.

* * *

Vureys llegó apenas media hora antes de la partida, pomposo e hinchado, sintiéndose dominador del mundo. Armó un estrépito más que regular a la entrada de la nave porque sólo le había recibido el tercer oficial, Estells, encargado de aposentar a los pasajeros, y exigió de inmediato que se le presentase el capitán de la nave.

Gerard lo hubiese enviado al diablo inmediatamente, pero el recuerdo del profesor le hizo contenerse. Dominando su cólera, acudió al encuentro del personaje.

—Honorable consejero —le saludó cortésmente al verle.

—¡Honorable un cuerno! —refunfuñó Vureys—. ¿Es ésta la manera de recibir al censor delegado del Gran Consejo?

—Lo siento, señor —contestó el joven—. Estaba ocupado con el segundo comandante, alistando la nave para…

—Escuche un momento, jovencito —dijo Vureys, dándole pequeños golpes con el dedo índice a Gerard en el pecho—, y métase esto bien en la cabeza: cuando yo le llame, acudirá usted inmediatamente, dejando en el acto todo cuanto tenga entra manos, ¿me ha oído? ¿Quién se ha creído que es para delegar en un oficialillo cualquiera la función de recibir al delegado del gobierno de su planeta? ¿Acaso siente usted deseos de ser degradado de su rango de capitán de esta astronave?

Gerard no estaba solo. Estells y algún tripulante más se encontraban en la esclusa interna de acceso a la nave y se quedaron horrorizados al escuchar la furibunda filípica que el político largaba al joven. Gerard, por su parte, permaneció quieto, sin pestañear, pero clavándose las uñas en la palma de las manos.

Cuando Vureys concluyó hubo una pequeña pausa de silencio. El censor, viendo que nadie le contradecía, dijo:

—Está bien, comandante. Y ahora, tenga la bondad de acompañarme a mi cámara. Supongo me habrán preparado un alojamiento adecuado a mi rango, ¿no es así?

—Por supuesto, consejero —respondió el joven, saliendo de su estatismo. Fue a caminar, pero entonces se dio cuenta de que Vureys tenía al lado un personaje en el cual no se había fijado hasta el momento.

El desconocido era un individuo de unos cuarenta años de edad, alto, delgado, de nariz aquilina, cejas picudas y rostro saturnino, en cuyas hundidas cuencas brillaban un par de ojos negros que no permanecían quietos un solo momento, sin mirar nunca fijamente a las personas que tenía ante sí.

Gerard sintió un helado escalofrío al ver a aquel hombre. Dominóse pronto, sin embargo, y, extendiendo la mano, inquirió:

—¿Qué hace usted aquí, amigo? ¿Quién le ha dado permiso para subir a bordo de mi nave?

Vureys había avanzado ya a lo largo del corredor y se volvió como picado por un áspid al oír las palabras del joven.

—¡Capitán! —exclamó imperativamente—. Ese hombre, Mackens, es mi sirviente personal y vendrá conmigo a la Tierra —añadió venenosamente el consejero— volverá, espero.

Aquello era ya demasiado y Gerard se encrespó.

—Lo siento, señor, pero no tengo noticias de que haya de acompañarle nadie en su viaje a la Tierra. Si no recibo confirmación escrita del Gran Consejo, firmada por el honorable presidente, su sirviente habrá de ser desembarcado.

El rostro de Vureys se congestionó.

—¡Cómo! ¿Pretende usted dudar de mi palabra? ¿Es que no se ha dado cuenta todavía de quién soy yo?

—En cambio, usted, consejero, olvida que soy yo el comandante de la nave y el que toma a bordo las decisiones. Si ese individuo no tiene el permiso del Gran Consejo, no viajará con nosotros.

—¡Se lo ordeno yo, capitán! —aulló Vureys, lívido de ira—. Mackens vendrá con nosotros.

—No —contestó el joven con firmeza.

Los dientes del consejero rechinaron.

—Bueno —dijo—, no irá con usted, en todo caso… porque será usted el que no venga con nosotros. ¡Oficial —gritó Vureys—, llame

inmediatamente al segundo comandante y que se haga cargo de la nave!

Un altavoz sonó por encima de las cabezas de los presentes.

—Consejero —bramó el altoparlante—, le está hablando Murdy, el segundo comandante, que tiene mucho gusto en enviarle a usted y a su esbirro al mismísimo infierno. Volaré a la Tierra con el capitán Gerard Shayne o no volaré.

Vureys se revolvió loco de ira.

—¡Está bien! ¡Le destituiré inmediatamente! ¡A ver! ¡Que se presente en el acto el oficial siguiente en rango! ¿Quién es? ¿Dónde está?

—Presente, señor —dijo Estells, saludando rígidamente.

El consejero extendió su dedo índice.

—Hágase cargo del mando de la nave, oficial.

—Lo siento, señor. Carezco de la licencia necesaria —contestó el muchacho, bailándole la risa en los ojos.

Vureys se puso al borde de la apoplejía.

—¡Esto es un motín! ¡Haré que los enjuicien a todos por rebelión! ¡A ver! ¿Dónde está la sala de comunicaciones? ¡Que me acompañe alguien inmediatamente!

—Yo lo haré con mucho gusto, consejero —se ofreció Gerard. Pero como viera que Mackens daba un paso hacia adelante, extendió la mano—: Usted no —ordenó secamente—. Usted se queda aquí hasta nueva orden.

Mackens no se inmutó. Durante todo el tiempo que había durado la violentísima discusión no había efectuado el menor gesto, como si todo aquello no se relacionase con él en absoluto.

Gerard llevó al irascible consejero al puesto de radio. Una vez allí, Vureys mandó poner un mensaje urgente, por el canal de prioridad absoluta.

—En cuanto tenga la respuesta, envíelo a mi cámara, comandante —ordenó secamente.

—¿Con quién está hablando usted, consejero? —preguntó Gerard, sin inmutarse.

—¿Con quién diablos va a ser? ¡Con usted, maldita sea! —explotó Vureys.

—Ah —exclamó el joven— luego, eso significa que todavía conservo mi puesto.

Vureys intentó envolverse en una capa de ofendida dignidad.

—El interés de la expedición está por encima de las rencillas personales —declaró grandilocuentemente.

—Serán suyas las rencillas, consejero —le devolvió Gerard la pelota—. Hasta ahora, yo carezco de tan ínfimos sentimientos.

—Está bien, está bien, acompáñeme a mi cámara.

Vureys se había aplacado algo al ver la solidaridad de los oficiales de la nave con su comandante y darse cuenta de que le era imposible viajar sin contar con la colaboración de aquellos hombres. Pero al ver el alojamiento que le era destinado, volvió a romper en improperios.

—¿Es que se cree que este diminuto cubículo puede ser el alojamiento de un personaje de mi categoría y rango? Capitán Shayne, búsqueme en el acto otro camarote o, de lo contrario…

Gerard acabó la paciencia. Era cierto que la cámara resultaba estrecha ya que sólo había el sitio justo para una litera y poco espacio más, pero todo ello se había planeado así en beneficio de un mayor espacio para la carga, por lo que nadie podía quejarse, ya que todos los alojamientos eran de tamaño similar. En todo caso, Vureys tenía la ventaja sobre muchos de los tripulantes de la nave de contar con un habitáculo individual, puesto que la mayoría tenían que dormir en cámaras con dos y cuatro literas, en un espacio mucho más restringido que aquél que le había sido destinado.

Gerard cerró la puerta y se puso un dedo sobre los labios con aire misterioso.

—¡Chist!… —dijo, imponiendo silencio al vociferante personaje.

Vureys le miró muy extrañado.

—¿Qué diablos…? —Pero no pudo continuar. Algo muy duro choró contra su rostro y se desvaneció de inmediato.

Gerard suspiró satisfecho. Inclinóse sobre el caído y, tomándolo en brazos, lo depositó en su litera con todo cuidado. Luego salió de la cámara, cerrando la puerta silenciosamente.

* * *

Una hora más tarde llegó un radiograma expedido por el Gran Consejo y firmado por su presidente, en el cual se autorizaba el

embarque en la astronave «Ictius» de Herd Mackens, como ayudante y colaborador especial —«Valdría tanto decir, espía y sicario», pensó Gerard al leer el mensaje—, del consejero censor delegado Vureys.

Éste permaneció sin salir de su cámara durante los dos primeros días de viaje, siendo atendido en ella por Mackens. Estaban ya a buena distancia de Marte cuando el censor se dejó ver en el comedor.

Todos se extrañaron mucho de ver en su ojo izquierdo las señales de un golpe y aún más al recordar que el despegue de Fobos había sido extremadamente suave, por lo que en modo alguno cabía la posibilidad de pensar en una caída. Pero la excitación del viaje contribuyó decisivamente a apartar el detalle de la imaginación de la gente y en pocos días quedaron cortados los comentarios acerca del asunto.

Hacía tiempo que Leyda no se sentía tan alegre. Después de la comida en que vieran al consejero con el ojo todavía obscuro, citó a Gerard en un lugar apartado, donde no pudiera verles nadie.

—Fuiste tú, ¿verdad?

—Sí —confesó el joven—. Estaba ya más que harto y, aprovechándome de la soledad de su camarote, le aticé a gusto.

—No ha protestado. Sabe que no podría hacer nada contra ti… y sabe también que no puede destituirte. La solidaridad de tus oficiales para contigo está demasiado patente para volver a intentar una degradación que no tendría consecuencias. Pero te la guardará, Gerard, puedes estar seguro de eso.

—Tendrá que esperar el regreso a Marte. Para entonces… ¿quién sabe las cosas que pueden haber pasado?

—Si la expedición tiene éxito, podría denegarte el mando de la siguiente.

—Quizá no me interese volver ya. Naturalmente, me gustará, como a todos, conocer nuestro planeta-origen, pero una vez satisfecha nuestra curiosidad, no tiene objeto seguir corriendo riesgos en el espacio.

—Me gustaría saber una cosa.

—¿Qué es? Quizá yo pueda ayudarte, Leyda —expresó Gerard.

—No. Para poder hacerlo tendrías que encontrarte en la mente de Vureys. Así sabríamos cuáles son los motivos que le han

impulsado a viajar con nosotros a la Tierra.

—Están bien a la vista, Leyda: aumentar su popularidad mediante un triunfo fácil, que el trabajo continuo y tenaz de hombres como el profesor Ridelius y otros científicos de fama le proporcionen, sin que él, por su parte, haya puesto un centigramo de su esfuerzo para conseguir el éxito final.

—Ése puede ser muy bien un motivo —concordó la muchacha—. Sin embargo, el corazón me dice que hay otra razón que él guarda mucho más en secreto. No se concibe una oposición tan feroz contra la expedición hasta el punto de negarnos poco menos que el pan y la sal, y luego un empeño tan tenaz en ser su censor, valga decir tanto como el jefe de la misma. ¿Encuentras tú alguna relación causal entre ambas circunstancias?

Gerard hubo de convenir en que no, que todo aquello resultaba muy extraño.

—Sin embargo, no debemos preocuparnos. Si tiene algún motivo secreto, es inevitable que un día u otro salga a la superficie. Y entonces actuaremos según convenga.

CAPÍTULO IV



ntes de decidirse a actuar, miró de derecha a izquierda. De pronto sintió pasos y, temerosa de ser sorprendida, se escondió tras un grupo de gruesas estalactitas que le ocultaron de inmediato a la vista de los que se acercaban por el camino de acceso.

Los caminantes iban charlando tranquilamente de sus cosas. Pasaron por el lado de la muchacha sin verla y siguieron adelante, completamente ajenos al hecho de tenerla a pocos pasos de distancia, espiando todos sus movimientos.

El esbelto seno de Athena, mal oculto por la raída vestimenta, mezcla de tejido y pieles que vestía la muchacha, se distendió en un amplio pero imperceptible suspiro de satisfacción al comprobar que no había sido vista. Cuando el ruido de los pasos se alejó definitivamente, Athena salió de su escondite y corrió rápidamente por la pendiente abajo.

Su pueblo dormía. Era la hora del descanso y de ello se

aprovechaba la joven para ejecutar la acción que tenía pensada desde algún tiempo.

Por otra parte, no era la primera vez que lo hacía. En diferentes ocasiones había obrado de aquella manera, exponiéndose a las gravísimas sanciones que habrían recaído sobre ella de haber sido descubierta. Pero esto no intimidaba a Athena, cuyo valor necesitaba algo más que un hipotético castigo para ser puesto a prueba.

Corrió con los pies desnudos, pisando por encima de un suelo alisado artificialmente. Se deslizó ingrávidamente, como una sílfide habitante de aquel mundo sumido en una perpetua semiobscuridad que apenas si conseguían disipar las lámparas de aceite establecidas de trecho en trecho en huecos practicados en la roca viva.

Porque Athena, y como ella miles de personas más, vivía en las cuevas. Athena y los componentes del pueblo subterráneo eran los supervivientes de la gran catástrofe que doscientos cincuenta años antes asoló el planeta. Y desde entonces todavía continuaban viviendo bajo la superficie del globo, huyendo de las devastadoras temperaturas externas y protegiéndose de las mismas por una gruesa capa de tierra y rocas que se interponía entre ellos y el ardiente exterior.

La cueva era gigantesca, enorme, con colosales ramificaciones que se perdían de vista en todos los sentidos. De cuando en cuando, frígidas corrientes de agua le salían al paso, pero Athena las salvaba por medio de audaces puentecillos construidos por los trogloditas. Cuando la corriente se transformaba en un ancho lago, Athena lo rodeaba sin dejar de correr. Era joven, fuerte y ágil y el ejercicio apenas la cansaba.

Finalmente se detuvo, jadeante pero no fatigada. Con gesto instintivo, echó hacia atrás un mechón de sus rebeldes y negros cabellos, haciendo que la espesa mata de su pelo le cayera ondulante y reluciente por la espalda, medio descubierta por el vestido. Frente a ella había una cueva practicada artificialmente en el muro.

Miró una vez más a derecha e izquierda. Estaba sola. El prisionero también. Debía dormir, a juzgar por su rítmica respiración.

Pero esto no arredró a la muchacha. Athena hubo de inclinarse

para pasar al interior de la gruta, en uno de cuyos lados ardía débilmente una lámpara de aceite.

—Tú, despierta —le dijo suavemente.

El hombre se sentó en el suelo, enormemente sobresaltado al sentir su sueño bruscamente interrumpido. Se frotó los ojos con fuerza y luego miró a la muchacha con extrañeza.

—¿Qué quieres? ¿Cómo te llamas? ¿Quién eres?

—Soy Athena, del Pueblo de las Sombras y deseo hablar contigo, forastero. Contéstame, ¿quieres?

El hombre la miró con ojos ausentes.

—Athena —murmuró—. No, no te conozco. ¿Por qué no me dejáis marchar? ¿Por qué me mantenéis aquí prisionero?

—No estás preso. —Athena señaló la puerta—. Puedes irte cuando quieras.

—Es igual, es igual —repitió el hombre. De pronto, se cogió la cabeza con las manos—: ¿Por qué estoy aquí? ¿Quién me trajo hasta este lugar?

—No lo sé —contestó Athena—. Yo era muy pequeña cuando sucedió todo. Siempre te he conocido en esta cueva. He venido más de una vez, ¿recuerdas?

—¿Tú… has venido antes? —preguntó el hombre—. No sé… Tus facciones… ¿Cómo has dicho que te llamas?

—Athena —repitió ella pacientemente, deletreando las sílabas —. Athena —repitió—. ¿Y tú?

—¿Yo? ¿No lo sabes tú?

El hombre vestía unos andrajos que apenas si bastaban para ocultar su cuerpo.

—No lo sé. Te lo he preguntado muchas veces —respondió la muchacha—. Tú viniste de afuera, ¿verdad?

—Afuera… —repitió el cautivo—. ¿Qué es eso?

—Las leyendas de nuestro pueblo hablan de un mundo exterior lleno de luz y calor, y extraños animales que andaban por el suelo, en lugar de deslizarse en el seno de las aguas, y plantas de vivos colores en vez de estas blancuzcas que crecen aquí. Se movía una cosa invisible que las leyendas llaman brisa y las aguas se agitaban de otra forma que aquí, formando muchas espumas. Pero —suspiró melancólicamente la muchacha—, sobre todo había luz y calor.

—Luz y calor… —repitió el hombre.

—Sí. Yo nunca lo he visto. Ni tampoco ninguno de los hombres o mujeres de nuestro pueblo. Dicen que afuera había una bola de fuego que calentaba el mundo y daba la vida a todos. Un día aumentó su calor y mató a todo ser viviente… menos a nosotros, el Pueblo de las Sombras. Dime, extraño, ¿qué has visto tú de todo eso?

El prisionero volvió a ponerse las manos en la cabeza. Al hacerlo, uno de sus mechones de cabello quedó apartado, quedando al descubierto una larga cicatriz que le corría de la sien hasta la nuca, en forma irregular.

—Una estrella que daba luz y calor… No sé… No recuerdo… Yo no la he visto nunca…

—Nadie puede vivir fuera. El que sale una vez, muere ahogado por el calor. Pero tú viniste de fuera. Tuviste que ver esa luz. Háblame de ella, extraño.

—No sé… No he visto nada. —De repente gritó—: ¿Por qué estoy aquí? ¿Quién soy yo?

Athena se apresuró a ponerle una mano sobre la boca.

—¡Chissst…! No grites. Podrían oírnos… y entonces me arrojarían al ardiente mundo externo. —Meneó la cabeza compasiva —. Pobre forastero. Cuánto me gustaría que recobrases la memoria.

—Sí, recuerda. Yo soy Athena. Éste es mi nombre. Tú debes tener uno también. Haz un esfuerzo. Trata de recordar. Quizá… si recordases cómo te llamas podrías recordar también la gran estrella. Recuerda, recuerda, extraño…

—No, vete —exclamó impulsivamente el prisionero—. Vete. Déjame, quiero estar solo.

Los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas. Sentía una viva compasión por aquel hombre todavía joven, pero convertido en un pingajo por la larga permanencia en aquel infecto agujero del cual salía sólo en muy contadas ocasiones.

—Me iré, forastero —dijo—, pero volveré otro día…

Se puso en píe y lo contempló desde la puerta.

—Haz un esfuerzo —murmuró—. Trata de recordar…

Y, agachándose, cruzó el umbral.

Al incorporarse vio a los hombres. ¡Eran siete, seis de ellos armados con pesadas hachas de sílex! Todos la miraban severamente.

El corazón de Athena se heló súbitamente. Quiso hablar, pero las palabras se negaron a salir de sus labios.

El séptimo hombre era un individuo viejo pero aún robusto, de luengas barbas grises, cuyos ojos brillaban amenazadores bajo un par de espesas cejas de pelos ásperos e hirsutos.

—¡Traidora! —bramó el viejo—. ¡Has violado la ley que prohíbe acercarse al extraño!

Athena cayó de rodillas.

—¡Compasión! —pidió—. Lo hice porque… está solo y triste, y traté de consolarle en su aflicción…

—No valen excusas —tronó el de las barbas—. La ley es la ley para todos y su quebranto sólo tiene una pena.

Athena conocía el castigo. Sintió que un chorro de hielo le corría a través de la piel.

—¡No, no, por favor! —gimió—. Dejadme aquí… Oadhin, ten compasión de mí…

—No hay compasión ni piedad para quienes faltan a las reglas, Athena. Hace tiempo que sospechábamos de ti y estábamos espiando tus pasos. Ahora tenemos la prueba plena de tus continuas fechorías y por ello sufrirás el castigo consiguiente.

La muchacha levantó ambos brazos, chillando desesperadamente. Pero sus ruegos se estrellaron ante la férrea actitud de Oadhin.

—Afuera con ella —gritó—. Que se cumpla en esta mujer el castigo que dicta la ley.

Dos de los esbirros se situaron a ambos lados de Athena, cogiéndola por los brazos. La muchacha intentó resistirse, debatiéndose frenéticamente, pero sus esfuerzos resultaron completamente estériles; su potencia física no podía compararse con la de los sicarios de Oadhin.

—¡No —chilló—, al mundo ardiente de afuera, no!

* * *

Gerard se dejó caer en el suelo, completamente exhausto. Jadeaba penosamente, en tanto que abría la boca en busca de un aire que parecía no poderle llegar a los pulmones.

—¡Dios mío! —exclamó con dificultad—. Nunca pensé que

nuestra llegada a la Tierra estuviese plagada de tantos inconvenientes.

A su lado, Leyda respiraba también difícilmente. Cerca de ellos, un pequeño grupo de hombres se afanaba en montar el campamento.

De vez en cuando, uno de los tripulantes se dejaba caer en el suelo, boca arriba. Los otros proseguían indiferentes su labor, realizándola con una lentitud increíble en unos individuos todos jóvenes y fuertes. El menor esfuerzo les costaba mares de sudor y habían de tenderse con frecuencia para descansar.

—Es la gravedad terrestre —dijo Leyda—. Somos oriundos de este planeta, pero hemos nacido en otro donde la fuerza de atracción tiene una potencia tres veces inferior. Habituarnos a pesar lo que pesaban nuestros antepasados nos costará bastante.

—Es cierto —contestó Gerard—. Nuestros músculos están hechos a pesos ridículos y se resienten cuando se les exige un esfuerzo mayor de lo corriente. De todas formas, hemos de permanecer aquí largo tiempo. Espero que lleguemos a acostumbrarnos y podamos considerar esta situación como perfectamente normal.

—Sí —concordó la joven, tendiendo la mirada en torno suyo—. Antes de la gran catástrofe, este planeta debía ser algo maravilloso. Bosques inmensos, montañas azules…

—Bosque tenemos uno cerca. Es pequeño, pero hay que tener en cuenta que los incendios producidos por la sobreactividad solar devastaron la inmensa mayoría de las florestas terrestres. Y cuesta mucho reponer una vegetación después de un incendio semejante, máxime cuando después, durante un plazo de varios años, la temperatura ambiental no permite el crecimiento normal de los vegetales. —De todas formas, encuentro esta región sumamente calurosa—. Haciendo un esfuerzo la joven desplegó un mapa que tenía cerca de sí. —Creo que nos encontramos en las inmediaciones del lago Erie, en lo que antiguamente era la orilla norteamericana.

Gerard consultó también el mapa.

—Entonces las cataratas del Niágara no deben estar muy lejos.

—Más o menos —dijo la muchacha— a unos veinte kilómetros de distancia, hacia el nordeste.

Gerard miró en la dirección indicada. Le pareció ver una nube

de vapor flotando en el horizonte.

—Posiblemente es aquello que se ve allí —señaló.

Un hombre se le, acercó, caminando pesadamente. Se dejó caer junto a ellos.

—Capitán —jadeó el censor—, ¿cuáles son sus planes inmediatos?

Gerard hizo acopio de fuerzas y se sentó en el suelo.

—Nuestro primero y principal problema es aclimatarnos a la gravedad terrestre. Hemos nacido en Marte y nuestros músculos no están habituados a ejecutar de costumbre un esfuerzo triple del normal. Fíjese en esos hombres —señaló hacia los tripulantes que trabajaban a un ritmo lentísimo no lejos de allí—; están agotados y eso que apenas han hecho una cuarta parte de la labor que hubieran podido desarrollar en la superficie de Marte.

—Entiendo que debe ser como usted dice, capitán. Pero supongamos que ya nos hemos habituado todos a pesar el triple de lo normal. ¿Qué hará acto seguido?

El joven se encogió de hombros.

—La expedición tiene un fin primordial, ya lo sabe usted. Eso es cuenta de la señorita Torren. Por otra parte, y aprovechando el viaje a la Tierra, han venido también unos cuantos científicos, especializados principalmente en la arqueología. Quieren, como es lógico, obtener muestras de la extinta civilización terrestre con el fin de confirmar o desechar muchas de las hipótesis que se han ido forjando en nuestro mundo a lo largo de los tiempos. No olvidemos que cuando el sol se recalentó, la colonia marciana era más bien exigua y una cosa que abundaba muy poco (que escaseaba está mejor dicho) eran los libros.

—Algunas bibliotecas se habrán salvado de la catástrofe, digo yo —objetó el censor.

Gerard exclamó:

—Eso queda de cuenta de los arqueólogos. Mi misión, por el momento, puede decirse que ha terminado ya, excepto en el mantenimiento del orden, establecimiento de comunicaciones con Marte y asuntos semejantes. Usted, por encargo del Gran Consejo, gobierna la expedición. Por lo tanto, es a usted a quien compete tomar decisiones de importancia…, si el caso lo requiere, por supuesto.

Vureys se mordió los labios.

—Su exposición de la situación actual no ha podido ser más exacta, capitán. Celebro que vayan desapareciendo las diferencias que nos desunieron en el pasado y, puede estar seguro de ello, si llega la hora de adoptar una decisión de importancia, consultaré con usted y con los miembros más importantes de la expedición. —Inclinó galantemente la cabeza—. La señorita Torren incluida, por supuesto.

Ella agradeció el gesto con otro movimiento de cabeza.

—Muy amable, consejero.

Después Vureys dijo:

—Capitán, quizá le parezca a usted un tanto extraño, pero yo también tengo vivos deseos de conocer este planeta de donde procedemos todos nosotros. Me gustaría, si ello no le sirve de molestia, que me prestase uno de los botes antigravitatorios de que las naves han venido provistas.

Gerard vaciló un momento. Tentado estuvo de negarse a la solicitud del consejero, pero, pensándoselo mejor y dado que éste parecía haber enterrado el hacha de guerra, optó por acceder a lo que le pedía.

No obstante, creyó oportuno presentar una objeción.

—En principio, no tengo inconveniente, consejero. Sin embargo, habrá de considerar que en algún momento pueden ser necesarios para los fines de la expedición.

—Bastará con que usted me lo indique para devolverlo al instante, capitán.

—¿Sabe usted manejar esos artefactos?

—Por supuesto que no, pero Mackens está conmigo.

—Es verdad —contestó el joven, ocultando la sorpresa que le causaba la respuesta—; lo había olvidado. Bien, consejero, disponga de un bote cuando quiera. Pídaselo así a mi segundo Murdy.

—Gracias, capitán. —Vureys se irguió penosamente—. ¡Caramba!, cuánto cuesta ponerse aquí en pie. Ni que estuviera uno, como decían antiguamente, borracho perdido. Señorita Torren… —Saludó y se fue.

—No sé. Este cambio de actitud me preocupa. ¿Qué opinas tú de tanta amabilidad, Leyda?

—He leído un libro muy antiguo que habla de las guerras que

hubo hace casi tres mil años entre dos pueblos llamados Grecia y Troya. Los habitantes de este último solían decir: «Teme a los griegos aun cuando te hagan regalos».

—Vureys no nos ha hecho ningún regalo.

—Su amabilidad tan repentina, ¿no lo es? Ese hombre oculta algo, Gerard, te digo yo. Será mejor que no eches esa advertencia en saco roto.

—Sí —suspiró el joven—, la tendré en cuenta.

* * *

A la mañana siguiente, cuando aún todos dormían pacíficamente, un grito súbito alertó al campamento. Poco después se producía un ensordecedor griterío.

Alarmado por las voces y el estruendo, Gerard corrió —es un decir— hacia el lugar donde se había producido toda aquella algarabía. Abrióse paso con dificultad entre los espectadores y pronto pudo ver el origen de todo aquel escándalo.

Uno de los miembros de la expedición yacía boca abajo, en medio de un charco de sangre ya negra por la coagulación. El desgraciado tenía una horrenda herida en la parte posterior del cráneo por donde se le había escapado la vida de forma casi instantánea.

CAPÍTULO V



thena se dejó caer al suelo, sollozando de terror. Todo su cuerpo se estremecía a impulsos del llanto que provocaba en su espíritu la visión del ardiente mundo exterior al cual había sido condenada por haber quebrantado la ley que prohibía toda visita al extraño cautivo.

No se atrevía a mirar en torno suyo. Tenía calor, muchísimo calor, y estaba segura de que no tardaría en perecer abrasada por los ardientes rayos de aquella cegadora estrella que brillaba en lo alto de un techo resplandeciente.

En torno a ella oía mil ruidos que nunca habían sonado antes en sus tímpanos: el suave murmullo de la brisa, el sisear de las hojas de unos árboles cercanos, el leve chasquido de las olas de aquella enorme extensión de agua que había al pie de las montañas… El miedo sacudía el grácil cuerpo de la muchacha.

Por otra parte, además de que no se atrevía a abrir los ojos, la luz de «afuera», como ella decía en su limitado lenguaje, era

demasiado fuerte para unos ojos habituados desde la infancia a una vida penumbrosa y casi en tinieblas. Había intentado levantar los párpados en una o dos ocasiones y el resultado la había hecho desistir de nuevas intentonas.

Permaneció en la misma postura durante largo rato, hasta que al fin la luz desapareció y llegó la oscuridad. Esto la aterró tanto como el período de iluminación; de modo que se pasó la noche sin dormir, tiritando de pánico, sin saber los motivos por los cuales se habían ido la luz y el calor. ¿Era, quizá, un nuevo modo de castigarla por el horrendo delito que había cometido?

Al final de la noche se arriesgó a caminar, buscando instintivamente refugio en el bosque cercano. Se acurrucó junto al tronco de un árbol y quedó allí, con los brazos cruzados sobre el seno, aguardando la muerte que, su juicio, no podía tardar en llegar.

Vino el día y cerró los ojos. Veinte años de vivir casi en tinieblas no podían borrarse en sólo unas pocas horas y así, temblando de pavor, sin moverse de aquel lugar y, por supuesto, sin tomar el menor alimento ni ingerir ningún líquido, permaneció la pobre muchacha todo el día, hasta que se hizo de noche.

Frío no pasó. La temperatura externa, aunque fresca por las noches, era calurosa comparada con la gélida atmósfera del interior de las grutas en donde había vivido hasta entonces. Pero al llegar la oscuridad y ver de nuevo el centelleo de aquellas extrañas luces, más brillantes pero más pequeñas que los débiles candiles de grasa que alumbraban el interior del Pueblo de las Sombras, comprendió que no había ocurrido ninguna catástrofe, sino que aquello sucedía cotidianamente, sin ningún daño para las personas que habitaban el mundo de «afuera».

La temperatura exterior, sin embargo, le resultaba agobiante durante el día. No obstante, en su limitada inteligencia llegó a comprender que si había de morir no sería abrasada por el calor de la estrella que brillaba en el cielo, sino por el hambre y la sed. Entonces, y este pensamiento estalló con furia devastadora en su mente, Oadhin y los demás jerarcas del Pueblo de las Sombras habían mentido a la muchacha.

¿Mentir? ¿Por qué?, se preguntó, sin poder obtener una respuesta concreta.

El hambre y la sed la acuciaron, esta última sobre todo. Desechando sus temores, caminó hacia las orillas del lago y se adentró unos metros dentro del líquido, que encontró sumamente caliente, en contraste con las heladas corrientes de su pueblo subterráneo.

Bebió hasta saciar su sed. Después buscó comida, debiendo conformarse con algunas raíces que extrajo escarbando el suelo con las manos. Nunca lo había hecho, pero el instinto vino en su auxilio.

Así se mantuvo unos cuantos días, ansiando vivir, pero sabiendo que, indefectiblemente, acabaría por morir. No padecería sed, pero el único alimento viable que podía encontrar, las raíces, no era suficiente a mantener las necesidades de su organismo.

Incluso llegó a acostumbrarse a la luz, aunque protegiéndose los ojos con una pantalla de hojas. Ya podía caminar de día, pero, no obstante, debía cerrar los ojos durante largos intervalos para no cansar sus pupilas.

Sin embargo, lo que primero se le cansó fue el cuerpo. Débil y poco menos que extenuada, llegó el día en que no pudo dar un paso. Resignada a su suerte, se dejó caer en el suelo, al pie de un árbol cuya sombra esperaba le protegiera al día siguiente de los ardientes rayos solares.

Aquella noche oyó pasos sigilosos. De haberse hallado en circunstancias normales, hubiera curioseado, pero apenas si podía moverse. Crueles pesadillas la asaltaron durante su sueño, haciéndola transpirar copiosamente. Su debilidad aumentó.

A la mañana siguiente oyó un ruido extraño. Abrió los ojos, haciendo un poderoso esfuerzo. A través de las hojas de los árboles vio que la gran estrella se desgajaba en dos mucho más pequeñas, pero casi tan brillantes. Athena creyó encontrarse ante una catástrofe sideral como la que, según contaban las leyendas, había arrasado el globo muchos años atrás. No cabía la menor duda de que la gran estrella se estaba deshaciendo.

Un espantoso terror la asaltó. Ahora se incendiaría el mundo y ella perecería abrasada. Creyó, incluso, sentir en su cuerpo el calor del fuego. Un fragoroso trueno estalló en sus oídos y luego sus sentidos dejaron de captar las sensaciones externas.

* * *

La experimentada vista de Gerard no tardó mucho tiempo en captar un detalle singular. Dominando la repugnancia que le asaltaba, se arrodilló al lado del cadáver examinándolo con suma atención.

Lo primero que vio era que en sus ropajes faltaban algunos detalles de indumentaria, concretamente todos los objetos metálicos: botones y hebillas.

Miró en torno suyo, completamente desconcertado. Cabía suponer que el muerto hubiera perecido asesinado después de alguna pelea con alguno de sus compañeros de expedición, pero lo que resultaba absolutamente incongruente era la falta, de aquellos botones y hebillas de metal, sin valor alguno como no fueran aplicados a las indumentarias.

—¿Alguno de ustedes ha visto u oído algo extraño durante la noche? —preguntó.

—Nadie, creó yo —contestó Firke, oficial de máquinas—. Todos estábamos durmiendo; nos hallábamos demasiado cansados y…

Gerard se fijó en el lugar que ocupaba el muerto.

—Está algo alejado del campamento —murmuró.

—Debió separarse durante la noche —sugirió Estells, el tercer oficial.

—Pero entonces ¿quién le mató? Perqué estoy seguro de que no fue ninguno de nosotros.

Vureys llegó en aquel momento y oyó las explicaciones del joven. Se frotó pensativamente la mandíbula.

—A ver si a última hora va a resultar que este planeta tiene habitantes —manifestó.

—Es una posibilidad digna de tenerse en cuenta —concordó el joven—. Sin embargo, me parece muy desagradable que inicien sus relaciones con nosotros a base de un acto de hostilidad manifiesta.

Y miró en torno suyo.

No lejos de allí se erguía una cadena de montañas de relativa poca altura, pero muy escarpadas. Al pie de la misma, y extendiéndose en dirección al campamento, veíase un bosquecillo, al otro lado del cual se hallaba la orilla del lago.

—A partir de ahora —ordenó—, se montarán guardias en el campamento. Además nadie podrá salir, cualquiera que sea la misión que se le encomiende, que no lleve por lo menos un

compañero al lado y vayan provistos de un transmisor portátil para pedir socorro en caso necesario.

—Y si somos atacados, ¿cómo nos defenderemos? —preguntó uno de los tripulantes.

La interrogante provocó un silencio embarazoso.

Gerard no supo qué responder. Habían llevado consigo todo, menos armas.

—Bien —respondió al cabo, titubeando un poco—, creo que… sería cosa conveniente tratar de fabricar algunas armas para defendernos en caso preciso.

—¿Qué clase de armas, capitán? —inquirió Vureys—. ¿Arcos y flechas?

—¿Por qué no? —respondió el joven, picado en su amor propio —. Aunque a veces, un buen garrote, hábilmente manejado, puede causar efectos destructores.

—Un garrote puede ser un arma inútil contra unos individuos que posean otras de superior calidad —objetó el consejero.

—¿Sabemos siquiera si existen esos individuos? —preguntó Gerard.

—«Tienen» que existir a la fuerza, puesto que ninguno de nosotros hemos causado el crimen, capitán.

—Sea como sea, por el momento nos es imposible averiguarlo, consejero. El único recurso que nos queda es montar una vigilancia… y esperar, pero sin descuidar en absoluto el trabajo. Bien —exclamó Gerard—, es evidente que no podemos hacer ya nada por este desdichado, sino rogar por su alma y darle sepultura. ¡Estells!

—A la orden, señor.

—Ocúpese de que cuatro hombres excaven una fosa en lugar seguro. Cuando todo esté listo, avíseme para las honras fúnebres.

—Sí, señor. —Y en el acto el tercer oficial empezó a nombrar a los individuos que habían de realizar el trabajo.

Acto seguido, Gerard se encargó de disponerlo todo para la primera exploración del lago. Habían traído consigo todos los elementos de pesca, incluidos botes de goma hinchables y quería dar comienzo al trabajo cuanto antes.

El cuerpo se les iba acostumbrando a la triple gravedad terrestre, aunque todavía se sentían notablemente pesados. Sin embargo, y

debido quizás a la herencia fisiológica, en pocas horas habían hecho grandes progresos y ya podían moverse mucho mejor que el día de la llegada.

Leyda vino con una bolsa colgada del hombro. Dos de los tripulantes transportaban consigo los elementos del bote y Gerard era portador de los restantes elementos de pesca.

—¿Crees que encontraremos peces en ese lago? —preguntó Gerard, mientras caminaban lentamente hacia el mismo.

—Tiene que haber a la fuerza. Ten en cuenta que durante doscientos cincuenta años nadie ha comido un pez en la Tierra. Éstos, naturalmente, han debido reproducirse en cantidades fabulosas y de no haber sido por las sabías leyes de la naturaleza, que regulan el nacimiento, crecimiento, desarrollo y muerte de los animales, el lago tendría que estar convertido ahora en una sólida masa de peces que apenas si tendrían espacio para moverse.

Gerard dijo:

—Quieres decir con eso que se habrán devorado unos a otros para mantener el equilibrio reproductivo, ¿no es cierto?

—Exactamente, aunque, más que devorarse unos a otros, lo correcto sería decir que han sido los huevos puestos por las hembras el alimento básico de la mayoría de los peces de género distinto o, a veces, aun siendo del mismo género, de bandada diferente. Los huevos y también los alevines recién nacidos, cuando su capacidad defensiva es absolutamente nula.

Estaban ya llegando al bosque. La orilla del lago estaba al otro lado, a unos doscientos metros de distancia.

—Descansemos unos momentos, ¿quieres? —sugirió la muchacha.

Los cuatro se sentaron en el suelo, buscando una postura cómoda para poder reposar unos minutos. Después de recobrar el ritmo normal de la respiración, Leyda no pudo evitar volver al suceso de la mañana.

—Ha sido horrible la desgracia ocurrida —comentó.

Gerard asintió con leve movimiento de cabeza.

—¡Pobre muchacho! Su primer contacto con el planeta origen… y tendrá que quedarse aquí para siempre.

—¿Tú crees que estará habitado el planeta, Gerard?

El joven movió los hombros ligeramente.

—No puedo asegurarte nada. Es factible, sin embargo, que en determinadas circunstancias, un grupo de terrestres, de ambos sexos, por supuesto, pudiera sobrevivir escondiéndose en alguna cueva o gruta de gran profundidad, donde no pudiera percibirse la devastadora influencia de las elevadas temperaturas solares. Pero…

Gerard se interrumpió súbitamente, al mismo tiempo que su cuerpo se ponía rígido.

—¿Qué sucede? —inquirió Leyda, alarmada.

—Calla —murmuró él, apoyando una mano sobre su brazo.

Escucharon atentamente durante unos segundos. De pronto, un extraño ruido llegó a sus oídos.

Leyda palideció intensamente. En cuanto a Gerard, sintió que un escalofrío le corría por la espalda.

—Parece como si alguien se quejara, —dijo uno de los tripulantes.

—Vayamos a ver qué sucede, capitán —sugirió el otro.

—Quietos, muchachos. Tengamos calma. Antes de actuar, será mejor que nos prevengamos contra cualquier posible peligro. Carecemos de armas…, pero las piedras no escasean por aquí. Coged una cada uno.

Así lo hicieron los tripulantes y ellos dos también. Después, con mucha precaución, caminaron hacia el lugar donde se habían escuchado los ruidos.

De pronto Leyda lanzó un grito.

—¡Mirad, allí! —Y extendió el brazo.

Gerard siguió con la vista la dirección que le señalaba la muchacha, divisando una forma humana tendida en el suelo, al pie de un árbol.

—¡Espacio! —masculló uno de los astronautas—. ¡Este condenado planeta tiene habitantes!

Gerard intentó avanzar, pero sintió en su brazo la presión de la mano de Leyda.

—Ten cuidado —le dijo ésta.

El joven asintió. Caminó sin descuidar las precauciones, llevando en la mano una piedra de tamaño ridículo, pero que a él le pesaba enormemente, y en pocos segundos estuvo al lado de la persona tendida en el suelo.

Descubrió con gran asombro que se trataba de una mujer, joven

y muy atractiva, aunque delgada y de rostro demacrado por las privaciones. Su cuerpo estaba mal cubierto por una serie de andrajos de tela y pieles, confeccionado de cualquier manera.

En el primer momento, le pareció que la muchacha estaba muerta. Pero al tomarle el pulso, advirtió que el corazón le latía, aunque débilmente.

—Vengan acá todos —llamó—. Es una mujer y está desmayada.

Leyda se arrodilló a su lado.

—Pobre muchacha —se compadeció—. ¿Qué le habrá pasado?

—En mi opinión —contestó Gerard—, ha debido padecer mucho, aunque no se le advierte otro daño físico que el causado, seguramente, por la falta de alimento. El cuerpo no presenta señales de golpes ni heridas.

—Si lo que tiene es hambre —dijo uno de los tripulantes—, eso es cosa que puede remediarse fácilmente. Llamaré a la nave y…

—Haga que envíen un bote volador. Mejor la atenderemos allí y el médico podrá indicar el tratamiento a seguir.

—Una buena idea —aprobó Leyda.

Mientras venía el bote volador, siguieron con los comentarios.

—Bueno —dijo Gerard—, ahora ya no cabe la menor duda de que en la Tierra todavía hay habitantes.

—Pero han debido caer en un salvajismo indescriptible —exclamó Leyda, vivamente compadecida de la muchacha—. Fíjate en esta jovencita qué desastradamente viste. Y qué pocos recursos deben tener, cuando teniendo agua y alimentos tan cerca, ha estado a punto de perecer de hambre.

—Agua, no lo dudo —contestó Gerard—, pero alimentos, si no ha comido hojas o raíces de los árboles, no veo qué otra cosa ha podido comer.

—¿Será esta muchacha de la tribu que mató a nuestro compañero, capitán? —preguntó uno de los tripulantes.

—Muy posible —respondió el joven.

—Entonces ¿qué hace aquí sola y abandonada?

—No lo sé. Es posible que se trate de una tribu nómada y, por alguna razón desconocida, la han abandonado.

—Eso no se compagina muy bien con la muerte de esta noche, Gerard —objetó Leyda—. Si la hubiesen abandonado, como dices, todavía estaría sana y robusta. Pero ahora da la sensación de que

lleva, por lo menos, una semana sin probar bocado.

—También es cierto —aprobó Gerard, meditabundo; y en aquel momento oyeron el tenue silbido de uno de los botes voladores que se acercaba a aquel lugar.

La distancia hasta la nave no era exagerada y, de haberse hallado en Marte, Gerard hubiera podido llevar en brazos a la nativa, pero en el momento actual bastante tenía con mover dificultosamente su propio cuerpo. Por ello había hecho venir a uno de los botes voladores de la nave.

El bote aterrizó en la linde del bosque. Entre los cuatro tomaron el frágil cuerpo de la nativa, transportándola hasta el aparato, cuyo piloto se quedó estupefacto al contemplar el espectáculo.

—¡Diablos! —exclamó—. ¿Es que los árboles de ese bosque dan como fruto chicas jóvenes y además bonitas?

Gerard no pudo menos de reír ante la salida de su piloto. Pero no tenía tiempo da andar en disquisiciones.

El bote era capaz sólo para cuatro personas. Colocaron a la muchacha, aún desvanecida, en el asiento posterior y Leyda pasó al delantero, junto al piloto.

—Que la vea inmediatamente el médico y que la aplique el tratamiento más conveniente. Será interesante hablar con ella cuando esté despierta.

Leyda asintió e, inmediatamente, el bote emprendió el vuelo. Fracasada la pesca por aquel día, los tres hombres regresaron al campamento.

Cuando estaban a punto de llegar, vieron un bote que emprendía el vuelo en dirección sudeste. Vureys y Mackens viajaban en el aparato.

CAPÍTULO VI



l capitán Gerard detuvo sus paseos cuando vio abrirse la puerta de la cámara donde descansaba la nativa.

Un hombre salió de la misma. Era el médico de la expedición, doctor Sanghor.

—¿Cómo está, doctor? —preguntó ansiosamente el joven.

—Bien. Solamente necesitaba comer y dormir. Ha hecho lo primero y luego la señorita Torren le propinará un sedante para que pueda descansar tranquilamente. Ha debido padecer bastante, más en el sentido psíquico que en el físico, a juzgar por lo que he podido sacarle.

—¡Qué! —se asombró Gerard—. ¿Habla nuestro idioma?

—Pues, sí. Con mucha corrupción en la construcción de las frases, pero lo habla. No hay duda de que alguien sobrevivió a la catástrofe y que esta nativa es una descendiente de aquellos supervivientes. Bien, capitán, le dejo por ahora. Dispénseme.

Gerard continuó allí hasta que vio salir a Leyda. Se dirigió al encuentro de la joven, inquiriendo más noticias.

—Es extraño —murmuró Leyda, meditabunda—. He hablado con ella y le he podido sacar algunas cosas. Por ejemplo, que vive en un lugar casi eternamente oscuro, al que llama el Pueblo de las Sombras. —Leyda miró de frente al joven—. Hay más habitantes en este planeta, Gerard —manifestó, muy excitada.

—Era de suponer. Pero ¿por qué la encontramos a ella en tal estado? ¿Quien la había abandonado de modo tan inicuo?

—He tratado de sacárselo, pero no he conseguido éxito. Cada vez que le hacía una pregunta en tal sentido, se encogía sobre sí misma, terriblemente asustada. Espero que con el tiempo y, sobre todo, una vez repuesta, llegue a confiarse y nos relate todo lo que le sucedió.

—Debió de ser horrible —comentó Gerard—. Lo más extraño es que, según dice el doctor Sanghor, habla nuestro idioma.

—Lo más extraño no es eso, Gerard, sino su aversión a la luz. ¿Sabes?, durante todo el tiempo ha sido preciso mantener la cámara en penumbra, casi en la oscuridad. Una vez necesité tomar agua del lavabo y, olvidándome de sus aprensiones, encendí la lámpara superior. Se tapó fuertemente los ojos, gritando lastimeramente. —Leyda meneó la cabeza—. Me da mucha pena esa pobre muchacha; ésta es la verdad.

—Ya se le pasará —contestó él—. De todas formas, si hasta ahora ha vivido en la oscuridad de una cueva hundida en lo más profundo de la tierra, no es raro que sienta tal aversión hacia la luz. Bien, lo importante por ahora es saber que se encuentra a salvo. Tiempo tendremos de interrogarla y sonsacarle todo cuanto conoce de este planeta que, me temo, no debe ser mucho.

—Lo mismo opino yo —repuso, ella. De pronto, preguntó—. ¿Qué vas a hacer ahora, Gerard?

—Hemos tenido un muerto esta mañana, lo cual significa que su matador no debe andar muy lejos de aquí. Ellos, los habitantes de la Tierra, carecen, a lo que sabemos, de vehículos de todo género. Por lo tanto, no es aventurado suponer que su escondite no debe hallarse muy lejos de este lugar.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció la joven.

Gerard negó con la cabeza.

—Tú tienes tu trabajo y yo el mío que, en el caso presente, es velar por la seguridad de todos cuantos componemos la expedición. Ahora mismo alistaré un bote y saldré a explorar por los alrededores.

Gerard se encaminó hacia la esclusa de salida, de la cual sobresalían las vigas sustentadoras del montacargas. Esperó a que subiese y luego se hizo conducir al nivel del suelo.

Una vez allí buscó al piloto del bote volador.

—Crander —dijo—, le necesito. Prepare su aparato en seguida.

—Estoy listo cuando quiera, capitán —respondió el aludido. De súbito se inclinó hacia él. Añadió—: Oiga, ¿qué diablos es lo que piensan hacer el consejero y su esbirro?

Gerard se extrañó de la pregunta.

—¿Por qué lo dice?

—¡Hum! —masculló Crander—. Les vi montar en un bote y partir con rumbo sudeste. ¿Qué diablos se les ha perdido en esa dirección? No hay tanta agua, que yo sepa… y ninguno de ellos trae apetencias científicas.

—No puedo responder a esa pregunta, Crander —contestó el joven—. Lo único que sé es que Vureys me pidió un bote y que, por no provocar un nuevo incidente, accedí a prestárselo.

El piloto sacudió la cabeza.

—Eso no me gusta un pelo, capitán. Vureys y el otro son dos tipos que… Satanás estaría muy contento sin duda de tenerlos en su compañía, digo yo.

—Posiblemente —concedió Gerard con una sonrisa—. Bien, vamos ya.

Montaron en el artefacto, cuya cápsula transparente cerró Crander herméticamente. El piloto manejó los controles y el bote se elevó en el acto.

—¿Rumbo, capitán? —preguntó una vez en el aire.

—Diríjase hacia la falda de aquellas montañas. Volaremos cerca de ellas, a distancia mínima, por el momento. Después ya veremos.

—¿Mucha velocidad?

—Déjelo en cien a la hora.

El bote adquirió velocidad, deslizándose suavemente en el aire, a poca altura del suelo. Pasó por encima de las copas de los árboles y luego, bordeando la orilla del lago, llegó a las montañas.

—Reduzca a la mitad —ordenó el joven.

Crander cortó la marcha. Gerard le dijo que se acercase cuanto pudiese al suelo.

El aparato voló casi pegado a los muros rocosos, siguiendo exactamente sus menores sinuosidades: Durante una media hora no ocurrió nada de particular ni Gerard pudo divisar ningún detalle que abonara sus hipótesis.

Iba ya a ordenar al piloto que se remontase, cuando, de pronto, le pareció ver algo extraño.

Era un espeso matorral, situado al pie de un candil de quince o veinte metros de altura, delante del cual se advertía una pequeña planicie de tierra, que parecía removida por algo más que por el simple movimiento del aire.

—Párese aquí —dijo.

Crander detuvo el aparato, haciéndole perder altura hasta situarlo a corta distancia del suelo. Gerard echó la cúpula transparente hacia atrás.

—Capitán, ¿qué es lo que piensa hacer? —inquirió.

Gerard dijo:

—Voy a ver qué hay por ahí…

—Tome —le interrumpió el piloto, entregándole una pesada llave inglesa—; a falta de armas, esto puede ser tan bueno como otra cosa.

Gerard asintió con una sonrisa y luego saltó al suelo.

Se acercó al matorral, no sin antes estudiar el terreno que pisaba. Le pareció removido hacía poco, pero no hubiera podido asegurarlo.

Apartó las ramas del matorral, adentrándose en su interior. No tuvo que caminar mucho para ver que la pared rocosa le cerraba el camino.

Decepcionado, salió fuera nuevamente. Miró a ambos lados de las matas, pero no pudo encontrar nada de particular.

—Y, no obstante —murmuró—, yo hubiera jurado que antes se movían esas plantas.

Regresó al bote volador hondamente preocupado.

—¿Vio algo, capitán? —preguntó Crander.

Gerard meneó la cabeza en tanto le devolvía la herramienta.

—Nada —respondió con laconismo.

—Si esos tipos viven en madrigueras, deben de tener la entrada muy bien disimulada, capitán. De todas formas y a juzgar por lo que hemos visto de la chica, viven como salvajes. No tienen otro remedio que hacer algo e inevitablemente darán un paso en falso. Eso nos pondrá en relación con ellos.

—Sus razonamientos parecen adecuados, Crander —suspiró el joven—. En fin, sigamos.

—¿Hacia dónde, capitán?

El joven le indicó una dirección. Volando a baja velocidad, podían permitirse el lujo de tener la cabina descubierta.

—¡Ah, de buena gana me quedaría a vivir aquí! —exclamó el piloto, respirando a pleno pulmón—. Calor garantizado todo el año, aire puro y abundante, no racionado… Esto es vida, capitán.

Gerard sonrió levemente. Sin dejar de mirar el paisaje que se deslizaba bajo ellos, estaba meditando en los incidentes ocurridos últimamente y que se le presentaban llenos de misterio.

De pronto, un sordo rumor llegó hasta ellos, por encima del suave silbido del aire desplazado por la marcha del aparato.

—¿Qué es eso, capitán? —exclamó Crander, alarmado.

Gerard sonrió.

—Ahora lo verá usted con sus propios ojos. Es algo que, hasta ahora, sólo ha podido contemplar en imagen.

—Allí veo una nube muy espesa, señor.

—Es agua pulverizada, Crander.

Volaban casi a ras de agua, bordeando el lago, cuyas márgenes se estrechaban progresivamente, en tanto que las aguas corrían con mayor rapidez.

Súbitamente, al doblar un grupo de rocas cubierto de vegetación, divisaron una inesperada falla en la superficie de las aguas. El bramido aumentó perceptiblemente.

—Cielos —exclamó el piloto—, no, no es posible…

—Ahí las tiene usted, Crander —dijo Gerard—. Las cataratas del Niágara.

El espectáculo resultaba impresionante visto desde una docena de metros de altura. Como un millón de años atrás, el agua continuaba cayendo a cincuenta y cinco metros más abajo, provocando una verdadera turbonada de espumas, de la cual se elevaba una espesa nube de agua pulverizada.

El bote volador atravesó la nube, pasando al otro lado. Continuaron río abajo, divisando desde el aire las ruinas de la central hidroeléctrica que antaño suministraba energía a la región. El puente que en tiempos uniera ambas orillas estaba roto en su mayor parte y sólo emergían los estribos y una parte muy pequeña de su estructura.

Continuaron volando, viendo por todas partes ruinas de edificios, algunos de ellos mostrando todavía las señales de los incendios que los devastaron doscientos cincuenta años atrás. El ambiente, a causa de la absoluta desolación que reinaba, resultaba deprimente.

Dos horas más tarde, después de haber recorrido ampliamente el contorno, Gerard dio orden de regreso. Lo hicieron a mayor velocidad y treinta minutos más tarde se encontraban de nuevo en el campamento.

A la mañana siguiente, después de haber pasado la noche al aire libre, subió a la astronave, dirigiéndose a la cámara que ocupaba la nativa. Llamó a la puerta con los nudillos y al no obtener respuesta, se arriesgó a abrir.

La cámara estaba sumida en una suave penumbra, pero, pesar de todo, pudo ver claramente la imagen de la muchacha, que le contemplaba asustada, tratando de cubrirse con las mantas del lecho que ocupaba.

—No tema, señorita —dijo—. Nadie pretende hacerle el menor daño. Somos amigos, ¿comprende? —Y repitió la palabra para que ella le entendiera mejor—: A-m-i-g-o-s.

—Amigos —dijo ella lentamente, aferrándose con ambas manos al cobertor de la litera.

Gerard contempló el rostro de la muchacha, en el cual se notaban aún las señales de las crueles privaciones que había padecido. Le extrañó sobremanera el contraste entre la negrura de sus cabellos y la glauca claridad de sus pupilas. «Pero es muy hermosa», pensó.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó—. Yo me llamo Gerard.

—Athena —contestó ella.

Gerard movió la cabeza.

—Athena. Un nombre bonito, de veras. ¿Cómo se encuentra?

—Mejor —repuso la muchacha.

Hablaba lentamente, con dificultad, pero no resultaba difícil entenderla.

—Pronto estará bien del todo, Athena. Entonces podrá salir fuera, a tomar el sol…

Una súbita palidez invadió el rostro de la muchacha.

—¡No! —exclamó vivamente—. El sol no existe. Ha estallado. Nos abrasará a todos. Se rompió…

Gerard la miró, muy extrañado.

—¿El sol… se ha roto?

—Sí… yo lo vi… Despedía unas estrellas que brillaban mucho y hacían un gran ruido…

Gerard se echó a reír.

—Comprendo —dijo. Athena se refería a los chorros de freno de las astronaves al descender hacia la Tierra. Le tomó una mano con gesto de confianza—: No temas; el sol no se ha roto. Está enterito y calienta mucho.

—Nos quemaremos todos…

—En absoluto, Athena. Nadie se quemará. —De repente, cambió la conversación—. Tú has vivido siempre bajo tierra, ¿verdad?

—Bajo tierra —repitió ella absorta.

Gerard trató de explicarse.

—Si. En un lugar siempre oculto a la luz del sol, en tinieblas…, como éste ahora, ¿no es cierto?

Athena miró a derecha e izquierda.

—Hacía siempre frío… y humedad. Apenas se veían plantas. No soplaba nunca la brisa…

—¿Erais muchos en la cueva?

—La cueva… Ése no es nuestro nombre.

—Ah, ¿tenéis un nombre?

—Sí. Nos llamamos el Pueblo de las Sombras.

—Es lógico —murmuró Gerard—, viviendo bajo tierra… —Levantó la voz—: ¿Cuántos erais?

Athena se arriesgó a soltar la manta. Abrió las manos, enseñando los dedos.

—Muchos… Muchas veces los dedos de mis manos…

—Eso quiere decir miles. ¿Qué comíais?

—Comer… peces que hay en el Pueblo… y plantas que crecen en las paredes…

Gerard torció el gesto.

—¡Hum! No es un régimen alimenticio muy sano, que digamos. ¿Frutas, no?

—Frutas. ¿Qué es eso?

—Pues… —El joven se interrumpió, no sabiendo cómo explicárselo. De pronto se echó a reír—. Querida, lo siento; había olvidado que tú y yo estamos en el mismo caso. Tampoco sé lo que es la fruta, al menos prácticamente.

Iba a seguir haciéndole preguntas cuando, de pronto, se abrió la puerta. Leyda penetró con una bandeja en la mano, cuyo contenido exhalaba un olor apetitoso.

—Hola, Gerard —exclamó—. No sabía que estuvieras haciéndole compañía a nuestra encantadora huésped.

—Sí; hemos conversado bastante y he podido obtener de ella algunos datos de bastante interés.

—¿De veras? Eso es agradable. Da la luz, ¿quieres, Gerard?

Éste se apresuró a mover el interruptor, pero apenas lo había hecho, Athena exhaló un grito desgarrador, cubriéndose los ojos con ambas manos. Gerard se quedó muy parado, mirando a Leyda con expresión ansiosa.

—Pobre niña —murmuró la joven pesarosamente—. Debe ser terrible haber vivido siempre bajo tierra, en tinieblas… Pero es forzoso que se acostumbre a la luz.

Gerard chasqueó los dedos.

—Hombre, ya está. —Exclamó—. Caramba, somos un par de idiotas por no habérselos ocurrido antes. Con lo sencillo que es… Aguarda un momento. —Y salió.

Regresó cinco minutos más tardé con un objeto en las manos. Se sentó al borde de la litera y habló a la nativa.

—Quita las manos de delante de tus ojos, Athena —dijo—. Ten los párpados bajados, si quieres, y no temas; no queremos causarte ningún mal.

La muchacha obedeció. Entonces Gerard, con suavidad, le colocó delante de los ojos un par de gafas oscuras.

—Una buena idea —aprobó Leyda.

—Abre ahora los ojos, Athena —rogó Gerard.

La muchacha obedeció tímidamente. Luego, asombrada, miró en torno suyo.

—Hay… luz…, pero no me hace daño —balbuceó, estupefacta.

Gerard se puso en pie, muy satisfecho.

—Dentro de poco te habrás habituado y no necesitarás llevar lentes ahumados. A mí no me gustaría que los llevase siempre puestos —añadió intencionadamente.

Leyda se echó a reír.

—Oh, los hombres; ya salió el eterno conquistador. Bueno, ahora lárgate y déjanos solas a nosotras. Athena y yo tenemos que hablar mucho, mucho, y convertirnos en amigas íntimas, ¿no es cierto, Athena?

La muchacha sonrió por primera vez y su rostro se iluminó suavemente.

—Oh, sí claro —exclamó—. Amigas… tú y yo.

Cuando Gerard salía fuera se encontró con Crander, el piloto del bote volador.

—Mírelos, capitán —dijo—, ahí vienen.

El joven miró en la dirección que le señalaba Crander, divisando a Vureys y su esbirro, que se apeaban en aquellos momentos del aparato que les había transportado en su vuelo de rumbo misterioso. Mackens era portador de un pequeño paquete, hecho con unos trapos, pero que parecía muy pesado.

—¿De dónde diablos vendrán ese par de pajarracos? —masculló Crander.

Una súbita idea brilló en la mente del joven.

—Mañana sin falta lo averiguaremos —dijo.

CAPÍTULO VII



l bote estaba situado a diez mil metros de altura sobre el campamento, permaneciendo completamente inmóvil en el aire, merced a su sistema antigravitatorio, el cual le permitía lo mismo alcanzar elevadas velocidades en cualquier sentido, que detenerse estático en cualquier punto del espacio. Dentro del bote, con la cúpula cerrada por completo, debido a la rarefacción de la atmósfera a aquella altura, Gerard y Crander escrutaban el panorama que tenían bajo sus pies, intentando descubrir algún habitante de la Tierra.

—Me preocupa esa sombra que vimos bajo el agua al ascender —dijo el joven al cabo de unos momentos de atenta observación.

—Serán rocas sumergidas —contestó el piloto negligentemente.

—A mí no me lo parecieron. Por un lado, están cerca de la orilla, y por otro…

Crander le cogió por el brazo repentinamente.

—Ahí los tenemos, capitán —exclamó. Y su dedo índice

señalaba la pantalla detectora situada en el centro del cuadro de mandos.

Gerard alargó la mano, clarificando la imagen. Era sólo un puntito luminoso en el vidrio deslustrado, pero podía verse distintamente su rápido avance en el espacio.

—¿Les seguimos? —inquirió Crander.

—Sí. Pero hágalo a distancia prudencial; no deseo que Vureys se entere de que le estamos espiando.

El piloto puso en marcha el aparato, haciéndolo navegar de tal modo que la imagen del otro artefacto se situase siempre en el centro de la pantalla.

—Los espiamos porque usted quiere, capitán —dijo—. En su lugar, yo hubiera pedido explicaciones de inmediato.

—No lo crea, Crander. Es mejor que estén lejos del campamento. De este modo nos evitamos muchas complicaciones.

—Le nombraron censor de la expedición. No sé qué diablos va a censurar si se pasa el día fuera, sin ocuparse de nosotros en absoluto.

—¿Lo lamenta usted, Crander? —preguntó irónicamente el joven.

—En confianza, no —respondió el piloto, y los dos hombres se echaron a reír.

Volaron a buena velocidad durante una media hora, siguiendo al bote en que viajaban el consejero y su acólito, sin que durante todo este tiempo los perseguidos dieran señales de detenerse. El rumbo era el mismo de dos días antes: sudeste, y la navecilla no se desviaba un ápice de la ruta marcada de antemano.

Por debajo da ellos se veían ciudades en ruinas, cuyos detalles eran apenas perceptibles, a causa de la gran altura a que volaban. Sin embargo, la atención de Gerard y Crander estaba centrada en la pantalla detectora más que en el paisaje que se deslizaba rápidamente bajo sus pies.

Gerard empezó a impacientarse. Los perseguidos no daban señales de detenerse.

Súbitamente, la luz roja de la radio se encendió, titilando aceleradamente.

Gerard alargó la mano, dando el contacto. Se acercó el micrófono a los labios.

—Capitán Shayne al habla —dijo.

—Segundo Murdy al habla, señor. Le ruego regrese inmediatamente.

—¿Sucede algo importante? —preguntó el joven, alarmado.

—Es… será mejor que lo vea por usted mismo, señor. Por favor, le ruego que vuelva lo antes posible.

Gerard masculló una imprecación.

—Está bien —dijo—; ahora mismo emprendemos el regreso —y cortó.

Miró al piloto.

—Media vuelta, Crander.

Éste soltó una imprecación.

—¡Qué lástima! Precisamente ahora, cuando tan interesante se estaba poniendo —maniobró en los timones, haciendo describir al bote un amplio semicírculo que le condujo en pocos momentos al rumbo diametralmente opuesto—: Señor —preguntó—, ¿cree que nos habrán oído ese par de granujas?

—Es posible —contestó el joven—. Sin embargo, dudo mucho que la llamada les haya afectado. A menos que tuvieran su detector en funcionamiento, no podían saber que les seguíamos.

Ello pareció consolar al piloto.

—Menos mal —suspiró.

A toda velocidad, tardaron muy poco tiempo en recorrer la distancia que les separaba de la nave. Al perder altura, Gerard pudo ver un círculo de hombres que contemplaba algo tendido en el suelo.

El círculo estaba situado cerca del bosque, a unos trescientos metros de la nave. Cuando estuvieron más bajos, Gerard pudo advertir que la figura que yacía en el suelo no vestía como ellos, lo cual le dijo que el individuo no era uno de los expedicionarios.

Crander detuvo el bote junto a los espectadores. Gerard saltó al suelo prestamente, avanzando hacia el caído, bajo cuya cabeza se veía un amplio charco de sangre.

El muerto estaba boca abajo y vestía como Athena, es decir, con unos ropajes mitad de un tejido burdo y mitad de pieles de pescado, unidas toscamente entre sí. En la mano derecha, con dedos engarriados, sostenía aún el mango de un hacha de piedra, tremendamente afilada, y en cuya «hoja» podían verse aún algunas

manchas de sangre.

—¿Qué ha sucedido aquí? —inquirió el joven.

Murdy se adelantó a darle la respuesta.

—Este salvaje salió de la espesura de modo inesperado. Estábamos aquí el tripulante Fenner y yo. Nos atacó sin motivo, pero pudimos defendernos, aunque de un modo precario. No sé cómo nos las arreglamos para salvar el pellejo; este tipo parecía poseer las fuerzas del propio Hércules. No obstante, Fenner resultó con heridas de cierta gravedad, de las cuales está siendo curado por el doctor Sanghor. El médico dice que sanará, sin más complicaciones.

Gerard meneó la cabeza, sumamente preocupado.

Dijo:

—No entiendo por qué estos salvajes han de atacarnos. Parece mentira que sean descendientes de un mundo que fue tan civilizado.

—La capa de educación se pierde fácilmente si no hay nada a nuestro alrededor que nos ayude a mantenerla —comentó el copiloto.

—Es verdad —asintió el joven—. Bueno, ya no tenemos nada que hacer aquí…, excepto indagar dónde diablos pueden esconderse esos salvajes, porque es indudable que tienen un escondite.

—¿Por qué no organizamos una expedición para buscar su campamento, capitán? —sugirió Murdy.

—Tenemos, por ahora, cosas más importantes que hacer que buscar el lugar donde se esconden estos individuos. Esperemos que vuelvan a dejarse ver y entonces decidiremos lo más conveniente.

De pronto echó a faltar a alguien.

—¿Dónde está la señorita Torren? —inquirió.

—Pescando, en el lago, con Wales y Teramy —contestó uno.

—Bien —contestó Gerard—. Murdy, encárguese de dar sepultura a este desgraciado. Voy a ver qué hace nuestra experta en ictiología.

La mencionada estaba muy ocupada en aquellos momentos tirando de la red, que parecía haberse encallado en algún accidente del fondo del lago.

—Ayúdeme, Wales —pidió, encarnada por el esfuerzo.

El tripulante cogió el otro extremo de la red y tiró de ella. Fue inútil; no cedía.

—¡Diablos! ¿No será que hemos pescado algún monstruo?

Ella sacudió la cabeza.

—Imposible. Se movería la red…, y ya ve usted que permanece totalmente quieta. Vamos, hagamos otro esfuerzo.

Volvieron a tirar los tres ahora, sin ningún resultado. Entonces vieron el bote volador que se deslizaba suavemente por encima de ellos.

Crander detuvo el aparato a unos metros de distancia de la superficie del lago. Gerard asomó la cabeza.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—La red. Se ha enganchado en algún obstáculo y no cede —contestó la joven.

—Bien —contestó Gerard—, nosotros les echaremos una mano. Baje un poco más, Crander.

—Sí, señor —contestó el piloto, haciendo descender el aparato hasta casi tocar la superficie de las aguas.

—Dame la red, Leyda.

La muchacha accedió. Gerard tomó el extremo de la red, enganchándolo en un saliente de la cabina. Luego ordenó:

—¡Arriba, Crander!

El bote ascendió. Se oyó un ruido como de desgarro, y la red cedió, surgiendo del agua con un gran rasgón, en uno de sus lados. Varios peces que habían sido atrapados en sus mallas volvieron al agua, con gran desconsuelo de la muchacha.

—Bueno —exclamó Gerard—, no te preocupes, ya la coserás en la nave. Y peces abundan de sobra, de modo que…

Se interrumpió de repente. El bote de pesca se hallaba situado a unos doscientos metros da la ribera.

—¿Por qué hay tan poca profundidad? —exclamó, muy intrigado.

—Eso es lo que me preocupa a mí —respondió Leyda—. Hicimos un sondeo primario y daba unos ochenta metros de fondo.

—Habrá alguna roca que emerja —sugirió Crander, pensativo.

—Es posible —contestó Gerard meditabundo. De pronto, se volvió hacia el piloto—. Oiga, Crander, ¿este aparato es totalmente estanco?

—Pues, sí… Pero… Capitán, no se le habrá ocurrido convertirlo en un submarino, ¿verdad? —se alarmó el piloto.

Gerard dijo:

—¿Por qué no? Encuentro extraño que la red se haya enganchado en unas rocas en un sitio aparentemente tan profundo. Vea la orilla —dijo, extendiendo la mano en semicírculo—, toda es de arena; no hay razón para que haya unas rocas por estos alrededores.

—Bueno —objetó Leyda—, en realidad, eso no tiene la menor importancia. Todo consiste en irse a pescar un poco más lejos…

Pero Gerard había sentido una corazonada y no quería dejar pasar la ocasión.

—Crander, ¿recuerda lo que vimos desde el aire al despegar? Dijimos entonces que podían ser rocas, pero también…

—Gerard —exclamó Leyda—, olvida el incidente. No tiene la menor importancia. Ya nos iremos a otro sitio.

—No —repuso él, terco—. Crander, ascienda en vertical a cien metros.

Disciplinado, el piloto obedeció. Cuando hubo logrado la altura requerida, los dos hombres se asomaron fuera de la borda, mirando hacia abajo.

—¿Y ahora —exclamó triunfalmente el joven—, le parecen rocas eso que se ve bajo las aguas?

—Diablos, no. Es algo muy extraño…, pero la imagen resulta sumamente confusa. Aguarde un momento, capitán.

Crander puso en marcha el detector, orientándolo hacia las masas difusas que se veían bajo el agua. Una imagen apenas perceptible apareció en la pantalla.

—Eso es hierro, capitán —dijo—. Sea lo que sea, está construido por la mano del hombre.

—Exactamente lo que yo me suponía —contestó Gerard, muy satisfecho—. Y ahora, ¿se arriesgará a sumergirse?

—Oh, no, al contrario; estoy tan ansioso como usted por averiguar lo que hay aquí abajo. ¡Vamos!

El bote descendió hasta hallarse rozando la superficie de las aguas. Gerard miró a la joven.

—Esperadnos aquí —dijo—. Vamos a investigar.

—Ten cuidado, por Dios —rogó ella.

—Crander es un buen piloto —contestó el joven, cerrando la cúpula.

—No podremos descender a mucha profundidad, capitán —

objetó Crander, en tanto el bote se abría paso lentamente bajo el líquido—. Es preciso tener en cuenta, que el aparato no está construido para soportar grandes presiones subacuáticas.

—Lo dejo a su discreción, Crander. —Contestó Gerard.

La luz se atenuó notablemente apenas hubieron cruzado la divisoria entre el agua y el aire. Poco a poco, invirtiendo los mecanismos antigravitatorios, el artefacto fue sumergiéndose.

A diez metros apenas sí había visibilidad bajo las aguas. Crander encendió uno de los faros, haciéndolo girar en todos los sentidos.

De pronto, Gerard sitió que el corazón se le paraba dentro del pecho.

—Mire —exclamó con voz sorda—, allí.

Crander volvió la cabeza hacia el lugar señalado. Sin poder contenerse, lanzó una exclamación.

—¡Dios del cielo! ¿Es esto posible?

Bandadas de peces cruzaban en todas direcciones por delante de ellos. Pero ninguno de los dos hombres estaba ahora para admirar el fantástico espectáculo que ambos contemplaban por primera vez en su vida.

Sólo tenían ojos para ver la enorme y oscura mole de la astronave hundida en las aguas del lago, las cuales habían sido su silenciosa sepultura durante años. La quietud más absoluta reinaba en torno a aquel lugar.

—Ahora se explica uno el fracaso de la anterior expedición —murmuró Gerard.

—¿Fracasaron en el aterrizaje?

—No lo creo —contestó el joven pensativamente—. Más bien me inclino a suponer que fueron atacados por una horda de esos salvajes. Incapaces de defenderse, optaron por buscar un terreno más tranquilo. Algo, quizá, les fallaría en el momento del despegue y entonces se hundieron en las aguas del lago.

—Una hipótesis muy aceptable. Por lo que he oído, el capitán Beldo y su segundo Ridelius eran hombres muy expertos. No es concebible un mal aterrizaje en dos hombres de su categoría.

Gerard asintió. Durante unos segundos, los dos hombres permanecieron quietos, contemplando el inenarrable espectáculo que se ofrecía a sus asombradas pupilas.

De pronto, Gerard creyó ver algo extraño.

—Crander, ¿puede descender un poco más?

—¡Hum! Capitán, esto que hacemos es muy peligroso.

Crander dijo:

—Sólo unos metros más. Diez o doce, como máximo.

—De acuerdo. Pero a la menor señal de peligro, emergeré inmediatamente. No tengo ganas de servir de pasto a los peces.

—Conforme. Abajo, pues.

El bote ganó profundidad lentamente. Crander maniobró de modo que se mantuviera siempre pegado al costado de la astronave.

—¡Alto! —exclamó repentinamente el joven. El piloto detuvo la navecilla.

—Acérquese más y enfoque la luz hacia el casco.

El piloto obedeció. Los dos aparatos llegaron a tocarse.

Gerard y Crander se estremecieron de horror. Frente a ellos, a una distancia de cinco o seis metros, estaban las lucernas de la astronave. La luz del bote volador, ahora submarino, iluminaba claramente el interior de la astronave, permitiendo ver los cuerpos tendidos en su suelo, retorcidos en los últimos espasmos de la agonía.

—¡Pobres! —murmuró Gerard, sinceramente dolido.

Bruscamente, las aguas se agitaron, moviendo el bote de un lado para otro.

Crander exclamó:

—¡Eh! ¿Qué diablos sucede?

Gerard lo comprendió al instante.

—¡Arriba, pronto!

Crander no fue remiso en actuar. Manejó los controles, haciendo emerger el bote, justo en el momento en que la astronave se volcaba de costado, hundiéndose definitivamente a ochenta metros de profundidad.

El bote saltó fuera de las aguas como despedido por una ballesta. En la superficie del lago se produjo un gran remolino, que poco a poco fue aquietándose, hasta que todo volvió a la normalidad.

Leyda y los otros acogieron con gran alegría la vuelta de Gerard y su compañero.

—Hemos pasado un rato de angustia viendo que no salíais —dijo la muchacha, una vez todos ya en la orilla del lago—. ¿Qué era

lo que había dentro?

Gerard la tomó de las manos.

—Querida —dijo—, debes ser valiente.

—Por favor, ¿qué sucede? Habla, no me andes con rodeos —inquirió ella angustiada.

—La red… se te enganchó… no en una roca…, sino en algún saliente de una astronave… que ha terminado de hundirse ahora…

Leyda palideció intensamente.

—¡Gerard!

—Sí —dijo él con tono sombrío—. Estaban todos allí. Los vimos. Muertos.

Produjose un gran silencio. Leyda, inclinada la cabeza, lloraba silenciosamente.

Al cabo de unos momentos, se limpió las lágrimas. Trató de sonreír.

—Gracias, Gerard —dijo—. En medio de todo…, es un consuelo saber que la espera ha terminado.

—No sabes cuánto lo siento, Leyda —dijo él—. Yo… también abrigaba alguna esperanza…, pero ahora, después de lo que hemos visto, es preciso considerar a Ferd como definitivamente muerto.

Ella volvió la vista hacia el lago.

—Al menos —murmuró—, sé dónde reposa su cuerpo. Siempre es un alivio…, aunque sea tan relativo…

Un grito les interrumpió súbitamente. Un hombre corría penosamente hacia ellos.

—Capitán, la nativa quiere hablar con usted. Dice que es urgente.

CAPÍTULO VIII

thena parecía muy excitada. A toda costa quería tirarse del lecho y fue necesaria toda la fuerza de persuasión de Leyda y la física de Gerard para mantenerla quieta.

—Todavía no estás en muy buenas condiciones de caminar —dijo Leyda—. Debes esperar aún algunos días.

—Tenemos que ir, pronto. Él está allí.

—¿Él? —se extrañó Gerard—. ¿Quién es?

—Vino… del sol. No sé… cuándo llegó, yo era muy pequeña. Lo recuerdo como si fuera ahora… Toda la cara le sangraba y gritaba como un poseído… Gritó durante mucho tiempo. Luego… se fue calmando y allí está. Yo iba a verle muchas veces…

Athena hizo una pausa. Necesitaba tomar aliento.

El doctor Sanghor estaba al lado. Gerard le hizo una seña. El médico salió para preparar un calmante.

—Yo le llamaba siempre el extraño… —continuó la muchacha

—. Estaba prohibido hablar con él, pero siempre que podía iba a verle. Las leyendas de nuestro pueblo hablan de una gran estrella que en tiempos daba luz, calor y vida para todos… Se decía que el extraño había venido de aquel país, que llegó milagrosamente sin quemarse…, y por eso le habían respetado. Yo quería que él me hablase de la estrella de la vida… Pero nunca podía recordar, por más esfuerzos que hacía. Al fin, me sorprendieron…, y me arrojaron al lugar donde todo se abrasa. La ley lo manda así…

—Pues ya has podido ver que ese lugar no existe —sonrió Gerard—. Tú no te has quemado, ¿verdad?…

Athena asintió con breve movimiento. Volvió Sanghor con un vaso en la mano.

—Esta allí —insistió la nativa—. Debéis ir a rescatarlo…

—Será mejor que te tomes esta bebida —dijo Leyda—. Te confortará.

Athena cogió el vaso con ambas manos.

—¿Iréis a buscarle?

—Pues claro que sí —contestó Leyda—. Anda, bebe y quédate tranquila.

Athena apuró el contenido del vaso. Luego se dejó caer sobre el lecho.

—Buscadle. Está en el fondo… de la cueva… Llamadle… extraño, como yo lo hacía… Vino… del sol…

Athena cerró los ojos. Entonces, Gerard hizo un movimiento con la cabeza. Salieron los tres.

El joven apoyó las manos en las caderas.

—¿Qué opina usted de todo lo que ha dicho la chica, doctor?

El doctor dijo:

—Ha pasado muy malos ratos, evidentemente. Quizá sea producto de alguna pesadilla lo que ella dice, y que confunde con la realidad. No obstante, convendría investigar cuidadosamente lo que pueda haber de verdad en el fondo de su relato. Un hombre que vino del Sol… —Sanghor meneó la cabeza con aire dubitativo.

—Nosotros también hemos venido del sol —dijo Leyda.

Gerard la miró.

—Y la astronave que está hundida en el fondo del lago, también. ¿No podría ser ese «extraño» algún superviviente de la catástrofe?

—¡Diez años cautivo! —Se estremeció Leyda.

—Pero si está vivo y podemos rescatarlo…

Leyda le cogió por el brazo con fuerza.

—Deberíamos intentarlo, Gerard. Si eso es cierto, el relato significa que uno de los nuestros está vivo. ¿Te das cuenta? Nuestra obligación es arrancarlo de las garras de esos salvajes.

—Por supuesto. No obstante, estimo debamos aguardar a que Athena se reponga del todo. En las circunstancias actuales, sería una temeridad iniciar una acción sin el concurso de un guía experimentado…, y no hay que negar que nadie mejor que Athena para colaborar con nosotros.

Se volvió hacia el médico.

—Doctor, ¿cuánto tiempo cree usted que tardará la nativa en hallarse repuesta del todo?

Sanghor se acarició la mandíbula pensativamente.

—Pongamos una semana, capitán. En dos días ha ganado mucho, pero quiero que se restablezca por completo antes de permitirla abandonar el lecho y reanudar su vida normal.

—Querrá decir su nueva vida, doctor —le corrigió el joven sonriendo—. La vida normal a que usted se refiere debía tener muy poco de agradable.

—Tiene usted razón, capitán —concordó el médico, sonriendo igualmente.

—Bien —suspiró Leyda—. Puesto que, por el momento, no podemos hacer nada, creo que lo mejor es que vaya preparando mi labor para mañana. Tengo mucho que hacer y mucho que experimentar.

De repente se le ocurrió una idea.

—Gerard —dijo—, ¿por qué no me prestas un bote volador?

—¿Para qué lo quieres? —preguntó el joven, extrañado.

Leyda explicó:

—Verás, opino que en algún lugar debe de haber libros todavía relativamente bien conservados. Mi bibliografía sobre ictiología, como puedes comprender, es muy reducida. Sería muy útil para mi dedicar unos cuantos días a la rebusca de más libros que pudieran ayudarme en mi labor.

—Perfectamente. Mañana a primera hora tendrás el aparato. Yo te acompañaré también, si no tienes inconveniente.

Leyda se atusó el pelo con un gesto completamente instintivo.

—Por supuesto. ¿A las seis?

—A las seis —contestó Gerard afirmativamente.

A la hora señalada, Gerard estaba ya al pie del aparato, junto con el piloto Crander. Leyda llegó corriendo, con un fajo de papeles bajo el brazo.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó el joven, mientras la ayudaba a subir.

Leyda explicó:

—Planos y notas gráficas de los sitios que me propongo visitar. Cuando quiera, piloto.

—Al momento, señorita —contestó Crander, poniendo el bote en marcha.

Mientras se remontaban, ella estudió un plano que había desplegado sobre sus rodillas. Unos minutos más tarde, dijo:

—Ponga rumbo al sudoeste. Velocidad, quinientos. Altura, tres mil.

Crander asintió. El bote ascendió hasta alcanzar la cota deseada y luego se lanzó hacia su punto de destino con una velocidad impresionante. Gerard contempló melancólicamente el paisaje que se deslizaba raudamente bajo ellos. Aquella comarca había sido dos siglos y medio atrás el emporio de una civilización floreciente y riquísima. Ahora no era más que montones de escombros entre los cuales crecía la hierba en abundancia.

Una hora más tarde llegaron a las orillas de un río que desembocaba en el mar, después de dividirse en dos grandes ramas encerraban en su seno una gran isla, en la cual se veía un ingente amontonamiento de ruinas.

Leyda extendió la mano.

—Seguramente ustedes oyeron hablar algún día de Nueva York —dijo—. Ahí la tienen.

Algunos de los grandes rascacielos que fueran un día orgullo de la gran metrópoli atlántica se mantenían todavía en pie, calcinados muchos de ellos. Otros, en cambio, se habían derrumbado, formando enormes montones de escombros. Las plantas de todo género habían ido creciendo, formando en muchos casos una inextricable selva, a través de la cual debía ser muy difícil el paso.

Mientras el bote descendía suavemente, Leyda volvió a consultar el plano, mirando con frecuencia a través de la cúpula. Al mismo

tiempo, daba indicaciones a Crander acerca de la dirección que debía tomar para llegar al punto deseado.

—Ahí es —exclamó de pronto—. Sí, ésta es la calle 42 Este…, y ese edificio que se ve es la «Public Library».

—¿La Biblioteca Municipal? —exclamó Gerard.

—Exactamente —contestó la muchacha con una nota de triunfo en la voz—. Deténgase en el centro de la calle.

—De lo que fue calle, señorita —dijo el piloto, ejecutando una impecable maniobra.

Unos segundos más tarde, los tres saltaban fuera del aparato. Leyda y Gerard se dirigieron hacia el edificio, en alguna de cuyas ventanas se veían señales de incendio.

—¿Se habrán quemado los libros? —preguntó ella anhelosa.

—Ahora lo sabremos —contestó él, saltando por encima de una rota columna de piedra. La ayudó a salvar el obstáculo y luego emprendieron la ascensión de la gran escalinata, entre cuyos peldaños asomaban brotes de hierba.

Penetraron en el interior del inmenso edificio, cruzando bajo la puerta abierta de par en par. Se sintieron sobrecogidos al ver la ruina en que se había convertido aquella biblioteca, una de las más famosas y completas del mundo.

Algunas estanterías habían ardido por completo. Otras, en cambio, habían sido respetadas por el fuego, y por el suelo yacían desparramados infinidad de volúmenes, cuyas hojas amarilleaban por el paso de los tiempos.

Gerard se inclinó, tomando al albur uno de aquellos libros. Era la Biblia.

—«Y exclamó con mucha fuerza el ángel diciendo: Cayó, cayó Babilonia la grande; y está hecha morada de demonios y guarida de todo espíritu inmundo…»[1].

Calló, en tanto miraba a la muchacha. Ella le devolvió la mirada y, por unos momentos, los dos guardaron silencio.

Al cabo, Gerard carraspeó.

—La imagen es exacta, Leyda.

Ella asintió con la cabeza.

—Sí, cierto —suspiró—. Bien, vamos al trabajo.

Gerard cerró la Biblia, pero no la devolvió al montón de libros, sino que la guardó consigo.

Dos horas más tarde, cuando más enfrascados estaban en su labor, oyeron pasos precipitados. La voz del piloto sonó no lejos de allí.

—¡Eh! Capitán, señorita, ¿dónde están?

Gerard y Leyda abandonaron su trabajo. Habían conseguido, tras no pocos esfuerzos, encontrar cinco o seis libros en buen estado sobre el tema que les interesaba, y los tenían apartados a un lado.

Corrieron al encuentro de Crander. Lo encontraron en una de las salas vecinas.

—Capitán —exclamó el piloto apenas verlos—, alguien viene.

—¡Qué! —exclamó el joven—. ¿Es cierto lo que dice?

—¿Salvajes? —preguntó la muchacha.

—Al diablo con los salvajes —gruñó el piloto—. Los salvajes no utilizan botes voladores.

Una súbita idea cruzó la mente del joven.

—Ahora sabremos por fin qué diablos se traen entre manos Vureys y su acólito. Salgamos.

—Cuidado, que no nos vean —dijo Leyda.

Echaron a correr, pisando desconsideradamente los libros caídos en el suelo. Una vez en la puerta, Gerard preguntó:

—¿Sabe hacia dónde han ido, Crander?

—Los tenemos a la vuelta, capitán —dijo el piloto, señalando la próxima esquina—. No sé cómo diablos no nos han visto. Quizá debe ser porque, tratando de no hacerse notar, vinieron desde el sur en lugar del noroeste.

—Posiblemente —aprobó Gerard—. Salgarnos.

Descendieron los escalones, caminando luego sobre los escombros, hasta llegar a la esquina de la Biblioteca. Gerard se asomó aprovechando que allí crecía un espeso matorral, divisando a unos cincuenta metros de distancia el bote volador parado en el suelo.

—¿Vamos a ver lo que hacen? —preguntó Crander en voz baja.

Gerard denegó con la cabeza.

—Esperemos. No tenemos prisa y, a fin de cuentas, no parece que estén haciendo nada malo. Diablos, no me gustaría tener más encuentros con ese venenoso consejero.

—Esto no me agrada —masculló el piloto—. Si tanto se esconden, es porque hacen algo que no quieren que se sepa.

—Tengo una idea… —musitó Leyda de pronto. Calló unos instantes y luego añadió—: He leído mucho sobre Nueva York. Esta calle transversal fue la Quinta Avenida, donde estaban los comercios más lujosos y exclusivos de la ciudad.

—Supongo que no habrán venido a adquirir ropas de invierno —refunfuñó Crander.

—Hay otras cosas que podrían agradarles más que las camisetas de felpa —respondió la muchacha.

—¿Armas, quizá?

Leyda sacudió la cabeza. Hizo gestos de que guardasen silencio.

Así permanecieron una media hora, al cabo de cuyo tiempo vieron a la pareja que salía del edificio en que había permanecido hasta entonces. Vureys y Mackens montaron en el aparato, el cual se remontó de inmediato, perdiéndose de vista en pocos segundos.

—Bueno —dijo Gerard suspirando—, creo que es ya hora de ir a ver qué hacía esa pareja de caballeretes.

Salieron de su escondite y caminaron hacia el edificio, deteniéndose momentos, más tarde ante la puerta del mismo. El rótulo de JOYERÍA era altamente significativo.

—¡Canalla! —barbotó el joven, al comprender de un solo golpe las intenciones del consejero.

—Entremos —dijo el piloto con más sensatez.

Cruzaron el umbral, encontrándose ruinas por todas partes. Aquello fue en tiempos una joyería conocida mundialmente, y aunque los escombros lo llenaban casi todo, aún podían verse algunos rastros de su pasado esplendor.

Crander se agachó de repente y al levantarse enseñó algo en su mano. Una chispa de luz centelleó ante los ojos de los presentes.

—Según mis escasos conocimientos de joyería, esto que tengo en los dedos es un diamante. Vureys lloraría si supiera que se le ha olvidado aquí.

Gerard miró en torno suyo. Claramente se advertían les rastros del saqueo ejecutado por aquellos dos individuos.

—Para aprovecharse fue por lo que pidió ser nombrado censor de la expedición —dijo amargamente.

—Ni fines altruistas ni nada que se le parezca —masculló el piloto.

—Yo me pregunto para qué quieren todos esos tesoros en un

mundo en el cual están proscritos porque se desconocen —exclamó la joven.

—Precisamente por eso mismo —contestó Gerard—. Él y su esbirro serán los únicos que posean oro y joyas y ¿se imaginan ustedes los tesoros que pueden acumular a lo largo de los doce o más meses que hemos de permanecer en la Tierra? Hay centenares de ciudades en ruinas, desiertas, faltas por completo de vida. En todas ellas había joyerías, ahora abandonadas y a merced del primero que venga. ¿Qué cantidad tan fabulosa de joyas no acumularán, esos dos individuos en todo el año que tienen por delante?

—¿Qué piensas hacer tú, Gerard? —inquirió la muchacha.

—No olvide que Vureys es censor delegado y consejero además, capitán —le advirtió el piloto—. Técnicamente, no puede decirse que lo que esté haciendo sea cometer un robo. Si se mete con él por culpa de las joyas puede costarle un disgusto.

—Ya me lo pensaré en el camino —respondió el joven—. Mientras tanto, podemos continuar nuestro trabajo en la biblioteca.

Diez minutos más tarde emprendían el regreso. —Creo que por hoy tenemos más que suficiente, Gerard— expresó Leyda—. Dedicaré unos cuantos días mitad a la pesca y mitad a los libros que hemos podido encontrar, y después ya veremos si conviene buscar más información.

—De acuerdo —contestó Gerard—. Vayan hacia el bote; yo recogeré los libros.

—Sería interesante saber si viven más terrestres en cuevas —dijo Leyda al cabo de un buen rato.

—La Tierra es ahora un planeta perfectamente habitable. No cabe la menor duda de que, con el tiempo, se llegarán a establecer colonias marcianas aquí. Entonces será llegada la hora de entablar relaciones con esos posibles supervivientes e, incluso, de buscarlos si es que los hay.

—Lo mismo que ha sobrevivido la tribu de Athena, pudieron sobrevivir otros —arguyó la muchacha.

—Es posible. Sin embargo, debes recordar que nuestra misión no es buscar supervivientes, sino peces.

—¡Peces! —rió el piloto—. Pero si la gente se entera de que en la Tierra es posible la vida, ¿para qué diablos los querrán? Lo más

posible es que se produzca una estampida…

—La estampida puede producirse, cosa que dificulto con sólo dos naves disponibles —le interrumpió el joven—. Sin embargo, al llevar animales acuáticos a Marte, no lo hacemos por nosotros, los que actualmente vivimos allí, sino por las generaciones venideras. Marte será dentro de cincuenta o cien años un planeta completamente normal, y entonces se necesitará mucho alimento.

El piloto exclamó:

—Pero si todos se vienen acá…

—Habrá muchos que no lo deseen —objetó Gerard—. Si a mí me lo propusiesen… Bien, lo dudaría mucho, pese al poco atractivo que tiene Marte en comparación con la Tierra. No hay que olvidar el hecho de que, aunque descendientes de este planeta, hemos nacido allí. Aquélla es nuestra patria planetaria, conviene no olvidar tan importante detalle.

—Estoy de acuerdo contigo —intervino la muchacha—. No obstante, hemos de considerar que toda discusión sobre el tema es improcedente por prematura. Hagamos bien ahora lo que debemos hacer; esto es lo realmente importante, ¿no lo creen así?

CAPÍTULO IX


staba apoyado en uno de los costados del bote volador, con los brazos cruzados, aparentando indiferencia, y entonces vio acercarse al consejero y a su sicario. Simuló no verles hasta que los tuvo encima.

Entonces se enderezó.

—Buenas noches, consejero —dijo, omitiendo deliberadamente el saludo al otro. Mackens no se inmutó tan siquiera.

El consejero se acercó a la escalerilla de acceso a la cabina del bote, la cual constaba de cuatro cortos peldaños. Pero daba la casualidad de que el joven le cortaba el paso.

—Por favor, capitán —rogó Vureys, melosamente.

—¿Decía usted, consejero?

—Es…, simplemente, que me obstruye el paso, capitán. Hemos de subir al bote y prepararlo para mañana…

—Lo siento, consejero. Mañana no podrán utilizar el bote.

Los ojos de Vureys chispearon de ira durante unos segundos.

Supo dominarse, sin embargo, y volvió a sonreír.

—Bien, supongo que lo necesitará para cosas de la expedición, ¿no es así?

—Cierto, consejero.

—¿Pasado mañana, entonces, capitán?

Gerard denegó con la cabeza.

—No. Tampoco. También lo tendremos ocupado.

En la voz de Vureys apareció el primer destello de ira.

—Dígame entonces cuándo podré usar el aparato, capitán. Yo también estoy contribuyendo, con mi modesto esfuerzo, al éxito de la exploración…

—Usted no utilizará nunca más uno de estos botes, consejero —declaró el joven con acento terminante—. Y no me venga con esas fábulas de que colabora al éxito de nuestra misión, porque lo único que está haciendo es actuar en su propio provecho. Puede volverse por donde ha venido, señor; a partir de este momento le está absolutamente vedado, por cualquier motivo que sea, utilizar ninguno de los botes voladores.

El rostro de Vureys se congestionó.

Dijo:

—Capitán, ¿quiere usted obligarme a destituirle? Le advierto que esta vez no me mostraré tan compasivo como la anterior. Apártese, Shayne.

El joven no se movió.

Dijo:

—Vuelva a la nave, consejero, y váyase a dormir o dese un paseo por los alrededores del campamento, como guste. Pero no intente siquiera tocar el metal del casco de este aparato o me olvidaré por completo de su rango. Y ya sabe usted qué es lo que quiero decirle con lo que todavía no he nombrado tan siquiera.

—¡Maldito insolente! —barbotó el consejero—. Si cree que va a salirse con la suya… —Se volvió hacia su acólito—: Mackens, que venga inmediatamente el comandante de la «Tonant».

—Sí, señor —contestó el esbirro, saludando y dando media vuelta, todo a la vez.

Los dos hombres quedaron frente a frente, desafiándose con la mirada. Permanecieron así, hasta que hubo llegado el capitán de la otra nave.

—Capitán Deller —dijo el consejero—, a partir de este momento, el mando de la expedición recaerá sobre usted. En virtud de las atribuciones que me han sido conferidas, el capitán Shayne queda desposeído de su rango y reducido al de simple tripulante. El copiloto Murdy se hará cargo de la «Ictius» y…

—¿Me nombraba a mí, consejero? —dijo en aquel momento una voz.

Vureys se volvió como picado por un áspid. Era Murdy precisamente el que acababa de hablar en aquellos momentos.

Pero Murdy no venía solo. Le acompañaban Leyda, Crander, Estells y alguno más, dos o tres de los cuales llevaban en las manos unos envoltorios cuyo contenido no se podía ver por el momento.

Gerard se volvió hacia su colega.

—Capitán Deller, no tengo el menor inconveniente en resignar en sus manos el mando de la expedición. No obstante, antes de traspasarle los poderes, quiero que sepa que acuso al consejero Vureys y a su sirviente Mackens de utilizar los enseres y pertrechos de la misión en provecho propio, cometiendo al mismo tiempo un delito severamente prohibido por las leyes de nuestro país, a saber: el pillaje y saqueo en país abandonado por sus moradores.

Vureys lanzó un aullido de cólera.

Sin inmutarse en lo más mínimo, Gerard agitó la mano. Entonces, Murdy, Leyda y alguno más, destaparon los envoltorios que traían en sus manos.

—¡Shayne, tendrá que probar su acusación o…!

A las voces que daba el consejero, muchos de los tripulantes habían abandonado sus quehaceres, acercándose al grupo. Todos lanzaron un grito unánime al ver el centelleo de una infinidad de gemas y piedras preciosas de todo género, muchas de ellas engastadas en valiosísimas joyas de oro y platino que, a la luz de las estrellas, relucían en las manos de sus portadores.

Imperturbable, Gerard continuó:

—Murdy, tenga la bondad de explicar al capitán Deller y al resto de la concurrencia dónde han encontrado esas joyas.

—En la cámara del consejero —contestó el aludido y, tras una corta pausa, añadió—: capitán.

—Gracias, Murdy. Bien, ya lo oyeron todos ustedes. El consejero Vureys me destituye de mi puesto de comandante de nave y de la

expedición conjuntamente. Para mí constituye una gran satisfacción saber que tal destitución está ordenada por un ladrón.

Miró severamente al consejero, que no tenía fuerzas siquiera para hablar.

—En un principio pensé que lo que cometía usted no era estrictamente un delito. Luego he recordado una ley de nuestro planeta, que castiga el pillaje y el saqueo en país abandonado por sus moradores…

—¡Esa ley obliga tan solamente en Marte! —aulló Vureys, lívido de ira.

—La ley no menciona lugar, sino solamente hechos —replicó rápidamente Gerard—. Por lo tanto, estimo que usted ha cometido un delito, el cual está plenamente probado, porque, además tengo testigos de uno de sus robos y, en consecuencia, me niego a aceptar tal destitución —alzó la voz—: Concejero, sírvase volver a su cámara y quedar confinado en ella hasta que los oficiales de la expedición, reunidos oportunamente, hayamos decidido sobre su suerte. Y su cómplice, el llamado Mackens, hará lo mismo, so pena de ser obligado por la fuerza.

Vureys miró en torno suyo, dándose cuenta de que sólo veía miradas y gestos hostiles hacia él. Irritado, comprendiendo que se hallaba inerme y que no podía hacer nada para contrarrestar la enérgica actitud de Gerard, levantó el puño.

—¡Me las pagará usted, capitán! Tardaremos en regresar a Marte, pero una vez allí, yo me encargaré de usted y del resto de los amotinados. Haré que les encierren a todos de por vida…

Por segunda vez, Gerard se hartó de las diatribas de Vureys. Saltó hacia adelante y conectó su puño contra el mentón del consejero, quien se desplomó, fulminado, al suelo, sin una sola voz.

Acto seguido miró severamente al esbirro.

—Llévese usted a su amo, pronto.

Mackens obedeció sin rechistar. Cuando los dos individuos hubieron desaparecido de allí, Crander preguntó:

—¿Y bien, capitán? ¿Qué diablos vamos a hacer con esta chatarra?

—Arrojarla al lago. Día llegará —murmuró sombríamente— en que las joyas y el oro vuelvan a tener valor, pero cuanto más tarde en llegar ese día, mejor para, todos. Mientras tanto, deseo ahorrar a

nuestros compatriotas, en lo posible, los males que produce la posesión de objetos semejantes.

Un murmulló de aprobación brotó de los labios de todos los circunstantes. Leyda apoyó su mano en el hombro de Gerard.

—No podías haber obrado de mejor manera —dijo, sonriéndole afectuosamente.

Gerard sonrió también. Iba a responder a la muchacha, cuando, de repente, sonó un grito agudísimo.

Todos miraron hacia el lugar donde se había producido, el alarido. Procedía de lo alto de la escotilla de salida de la «Ictius», y su autora era Athena.

La terrestre volvió a gritar. Su dedo índice señalaba a lo lejos.

Gerard volvió el rostro. La sangre se le heló en las vedas de inmediato.

Una numerosa turba de salvajes, armados todos ellos con gruesos garrotes y hachas de piedra, salía en aquel momento de las sombras del bosque, corriendo hacia el campamento.

Recorrieron los primeros metros en silencio; después, un feroz alarido brotó unánime de trescientas gargantas.

—¡A las naves todo el mundo! —gritó Gerard.

Los exploradores echaron a correr hacia los montacargas de las naves. El de la «Ictius» empezó a subir, cargado con seis hombres, el máximo peso que podía admitir.

Pero Gerard se dio cuenta de que, por mucha prisa que se dieran los maquinistas, los salvajes llegarían antes de que hubiesen concluido las operaciones de rescate. Muchos de los expedicionarios perecerían linchados por los terrestres.

¿Cómo evitar aquella matanza?

Les tripulantes de ambas naves corrían desesperadamente, pero todavía notaban en sus piernas el torpor de la triple gravedad terrestre. Era indudable que una docena al menos estaban destinados a servir de pasto a las mazas y hachas de los salvajes.

Ya empezaban a producirse las primeras batallas por la posesión de un puesto en los montacargas. El anhelo de salvar la vida era más fuerte que toda otra consideración.

Y los terrestres continuaban ganando terreno.

Entonces fue cuando Gerard tuvo una súbita inspiración.

Leyda estaba a su lado, sosteniendo aún en sus manos el

envoltorio con las joyas.

—¡Aprisa —ordenó, tomándola por el brazo sube al bote! ¡Usted también, Murdy! Crander, ponga en marcha el otro.

Saltaron los tres dentro del artefacto. Gerard cerró la cúpula, poniendo inmediatamente el motor en funcionamiento.

Maniobró los controles, haciendo que el bote despegase del suelo. Pero no huyó; de haberlo hecho así, habría abandonado a su suerte a sus desdichados compañeros, que todavía no habían podido ocupar un puesto en los montacargas.

Se remontó rapidísimamente, describiendo una ceñida media vuelta en el espacio. Luego descendió, ganando en velocidad a medida que perdía altura.

El terreno era casi completamente llano. A medio metro del mismo, Gerard niveló el bote, haciéndolo avanzar a una velocidad vertiginosa hacia los salvajes.

Éstos no se detuvieron; antes al contrario, arreciaron en sus gritos y sus carreras, enarbolando sus armas en actitud amenazadora.

Leyda intuyó lo que iba a suceder. Lanzó un grito agudísimo.

—¡Gerard! ¿Qué piensas hacer?

—Salvar a mis compañeros de una muerte horrible —contestó el joven, sin mirarla tan siquiera.

Las figuras de los terrestres aumentaron rápidamente de tamaño. Algunos de ellos previeron lo que iba a suceder y se arrojaron de bruces al suelo.

Pero todavía quedaban más, muchos más, en aquella aullante y gesticulante masa de fieras bípedas. Con impulso irresistible, Gerard arremetió contra el grupo, abriendo ancho surco en el mismo.

La navecilla se estremeció al sentir los primeros impactos. Los cuerpos despedazados volaron por los aires. Horrendos aullidos penetraron en el interior de la cabina a través de la protección del plástico transparente, que empezó a teñirse de rojo en el acto.

Al concluir su mortífera travesía, Gerard dio media vuelta, inclinándose sobre un costado. Entonces vio a Crander que, imitándole, se abalanzaba contra la espesa masa de salvajes, los cuales, aturdidos por la primera catástrofe; no acertaban a reaccionar.

Volvieron a volar por los aires los cuerpos destrozados y

nuevamente volvieron a oírse los alaridos de agonía de los hombres despedazados por el formidable impulso de aquel proyectil de nuevo cuño. Los terrestres se amedrantaron.

No fue necesaria una segunda pasada. El enemigo comprendió que tenía frente a sí un rival muy duro de vencer y, sin más, todos los componentes del grupo dieron media vuelta y huyeron a la carrera, dejando tendidos en el campo más de medio centenar de muertos y heridos, la mayoría agonizantes.

Cuando estuvieron seguros de que no iba a producirse un nuevo ataque, cosa que pudo verse pronto, regresaron al campamento.

Leyda se apeó del bote, perdido por completo el color al ver la sangre y los mechones de pelo adheridos al casco del artefacto.

—Ve a que te atienda el médico —dijo. Gerard, y ella, acompañada por Murdy, obedeció la orden sin rechistar.

Crander llegó segundos más tarde. Gerard le dio órdenes.

—Vuele sobre esos salvajes y averigüe dónde se esconden. En cuanto haya hallado la boca de su escondite, que es subterráneo, fije la posición y venga a comunicármelo.

—¿Piensa ir a combatirlos en su propia guarida, capitán? —inquirió el piloto, boquiabierto.

—Eso mismo es lo que voy a hacer, Crander. Vamos, dese prisa.

—Pero, señor…, si no tenemos armas…

—Las buscaremos… o las construiremos, qué más da. Ande, vaya pronto y no se ocupe más de mí.

Regresó a la nave, subiendo en el montacargas. Estells salió a recibirle.

—La señorita Torren está siendo atendida por el médico, capitán.

—Muy bien —contestó Gerard—. Gracias, Estells.

Acto seguido se dirigió hacia la cámara que ocupaba la terrestre. Tocó con los nudillos en la puerta antes de atreverse a entrar.

—¡Adelante! —dijo la suave voz de Athena.

Gerard abrió la puerta. Aunque todavía usaba las gafas ahumadas, la nativa ya mantenía la luz encendida siempre que le era necesario.

El joven se sorprendió de ver el cambio tan favorable que había experimentado Athena en los pocos días que llevaba con ellos. Había recobrado buena parte de las carnes perdidas, aunque no el

color, ya que su larga permanencia bajo tierra había dado a su piel una blancura marfileña, casi transparente. «Esto se corregirá cuando viva como nosotros, al aire libre», pensó él.

Se sentó a su lado.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—Mucho mejor —contestó ella, sonriendo brillantemente—. Tanto es así que estoy deseando que vuestro hombre curador me dé permiso para levantarme y salir fuera.

—Ya lo has hecho antes, y muy oportunamente, por cierto —contestó Gerard—. Sin embargo, no tardarás en actuar como uno de nosotros. Entonces tendré que pedirte un favor.

—Haré lo que tú me ordenes —repuso Athena con ojos resplandecientes—. Después de lo que habéis hecho por mí, no podría negaros nada.

—Verás —dijo Gerard, midiendo cuidadosamente sus palabras —. Antes hemos tenido que luchar para rechazar el ataque de los hombres de tu…, del Pueblo de las Sombras, como dices tú.

—Lo he visto todo.

—Entonces… habrás podido darte cuenta de que no me quedó otro remedio que actuar de tal manera. Entre ellos y los míos, no tenía mucho donde elegir.

—Comprendo. Pero no debes sentirte apesadumbrado por ello. Naturalmente —arguyo la nativa—, lamento las muertes que han ocurrido, pero no dejo de reconocer que fueron ellos los que buscaron su propia destrucción.

—Celebro que seas tan comprensiva, Athena. Y ahora, escucha. El favor que quiero pedirte es que nos sirvas de guía en tu… pueblo.

El rostro de la muchacha se ensombreció.

—¡Me pides volver de nuevo al Pueblo de las Sombras! Ahora que estoy acostumbrándome a la luz…, he de volver a las tinieblas otra vez —se quejó.

—Volverás, sí, pero por poco tiempo —respondió el joven—. Sólo deseo de ti que nos sirvas como guía.

—¿Guía? —repitió ella extrañada.

—Sí. Tú eres la única que conoces el lugar donde se encuentra el hombre a quien tú llamas «extraño». Nuestro deber es cerciorarnos si ese individuo vive todavía y, en todo caso, rescatarlo del cautiverio en que está sumido.

El pecho de Athena se agitó.

—Sí —exclamó con vehemencia—, os ayudaré. Haré de guía para vosotros. Hay un hombre allí a quien odio con toda mi alma. Se llama Oadhin. Es el que me mandó arrojar fuera de mi pueblo por haber intentado ayudar al extraño. Yo sé dónde se encuentra éste. Os guiaré hasta él y ayudaré a rescatarlo.

Gerard sonrió.

—Sabía que obrarías así, Athena. Recordaré siempre este favor como cosa propia.

El rostro de la muchacha se tiñó de rojo súbitamente.

—No tienes que agradecerme nada. Por el contrario, soy yo la que… —De repente preguntó—: Vosotros no tenéis armas. Ellos tienen garrotes y hachas de piedra. Os matarán a todos.

Gerard se echó a reír.

—Eso no sucederá, querida. Acabo de descubrir que poseemos un arma fenomenal, contra la cual nada valdrán las malas artes de tus… Bueno, de los terrestres. Ya lo verás —concluyó enigmáticamente.

CAPÍTULO X



ara evitar cansancios innecesarios, los hombres que iban a tomar parte en la expedición de rescate fueron transportados en los botes voladores, los cuales necesitaron efectuar tres o cuatro viajes antes de que el número de los expedicionarios estuviese completo. Esto, naturalmente, les ahorró mucho tiempo, ya que en menos de una hora realizaron lo que, de otra manera, les hubiese costado el cuádruple de tiempo, por lo menos.

Habían transcurrido ya diez días desde el hallazgo de Athena, y en ese espacio de tiempo la muchacha había recobrado por completo su fortaleza física, sin que en su rostro ni su cuerpo se advirtiese ya la menor señal de los padecimientos que había tenido que sufrir. En la astronave se le había facilitado indumentaria adecuada, de modo que parecía un tripulante más, distinto únicamente por la larga y lustrosa cabellera negra que le caía a lo largo de la espalda.

Cuando Athena hizo detener el bote en que viajaba frente a la entrada del que ella denominaba Pueblo de las Sombras, Gerard no pudo contener una exclamación, de asombro. Y a renglón seguido, exhaló otra de satisfacción.

—¿Qué le decía yo, Crander? —Se dirigió al piloto—. ¿Recuerda que estuve husmeando por aquí al día siguiente de nuestra llegada?

Crander asintió, en tanto que hacía descender el aparato, hasta situarlo frente al espeso matorral que ocultaba la entrada al subterráneo. Al abrir la cúpula, Gerard y las dos mujeres salieron fuera.

—Voy a traer más gente —dijo Crander, elevándose nuevamente.

Gerard miró a Athena.

El muchacho preguntó:

—¿Y bien? ¿Cómo se abre la puerta?

—Pude fijarme el día en que me expulsaron —contestó, la muchacha—. Creo… que podré hacerlo.

Había ya allí unos cuantos tripulantes. Entre todos empezaron a apartar las malezas, dejando al descubierto un gran lienzo de roca de forma casi completamente vertical.

Cruzaron al otro lado. Athena se detuvo al pie del muro, estudiándolo unos momentos. De pronto, se dirigió a una de sus aristas, tanteándola con las manos unos segundos.

—¡Aquí es! —exclamó de pronto—. ¡Ayúdenme!

Gerard, Estells y alguno más corrieron hacia aquel lugar. La muchacha forcejeaba con la piedra, que, aparentemente, tenía un enorme peso. Inesperadamente, la piedra, con un suave chasquido, empezó a girar.

Una negra abertura, de unos dos metros de altura, por otro tanto de anchura, surgió ante los atónitos ojos de los expedicionarios. Claramente se veía la entrada al mundo subterráneo, facilitado el acceso, además, por una serie de escalones tallados en la roca viva, y que se perdían hacia abajo.

Llegaron los dos últimos grupos de expedicionarios, seis, en total. Los pilotos de los botes hubieron de quedarse en los aparatos, sobrevolando lentamente el lugar con el fin de que los expedicionarios no pudieran caer en alguna trampa.

Gerard fue el primero en franquear la entrada de la cueva,

seguido por las dos mujeres. Inmediatamente sintió el frío de aquel mundo sumido en las entrañas de la tierra, y no pudo contener un escalofrío.

A medida que avanzaban, la luz se iba difuminando hasta alcanzar la oscuridad casi absoluta. Pero no tardaron mucho en divisar la primera lámpara, hecha de una torcida empapada en aceite, que había depositado en una oquedad de la roca.

El espectáculo era impresionante. Por todas partes se advertían gigantescas estalactitas y estalagmitas de un tamaño y una belleza inigualables, formando fantásticas construcciones que ni el más atrevido y original de los artistas hubiera osado en soñar. Las corrientes subterráneas eran numerosas y el rumor de las aguas deslizándose de roca en roca era frecuentísimo.

Atravesaron un gran salón, flanqueado por una doble hilera de columnas de piedra de enorme belleza, que casi parecían construidas por la mano del hombre y se deslizaron luego por un túnel de considerable longitud, cuya anchura era lo suficiente para permitirles, el paso sin agobios. Aunque Gerard iba en cabeza, Athena, no obstante, era la que iba dando indicaciones para el camino que era necesario seguir.

Al salir del túnel desembocaron en una enorme explanada, con algunas irregularidades en su centro. Había allí una serie de lámparas de aceite que prestaban una iluminación difusa y fantasmagórica al lugar, debido, principalmente, a la gran distancia a que tenían que estar situadas unas de otras.

Un sendero, trazado por miles de pisadas en el transcurso de los años, atravesaba el salón por su centro, cruzando perpendicularmente un rápido arroyuelo de tres o cuatro metros de anchura, para salvar el cual era necesario cruzar por encima de un puentecillo construido con tres o cuatro estalagmitas arrancadas a sus milenarios alvéolos. Como dándole guardia al puentecillo, se veían dos estalagmitas truncadas a unos dos metros del suelo cuya parte seccionada había sido ahuecada para poder instalar allí sendas lámparas.

Los expedicionarios empezaron a cruzar el gran salón, cuyas dimensiones calculó Gerard en unos ciento cincuenta metros de anchura por casi doscientos de largo. La luz de las lámparas no era suficiente para disipar las tinieblas que envolvían el techo que, por

este motivo, resultaba invisible.

Súbitamente, Gerard sintió que una mano se crispaba en sus brazos. Era la de Athena.

Se volvió, interrogándola con la mirada.

—¡Cuidado! —susurró ella—. He oído pasos.

El joven se alertó. Retrocedió un par de metros y habló en voz baja con el primero de los que le seguían, dándole una orden, que el hombre transmitió a los demás.

Reanudaron la marcha. El puentecillo distaba de ellos unos veinticinco metros.

El ruido de pasos volvió a oírse. Los expedicionarios comenzaron a agruparse.

—Mira, allí —exclamó Athena, señalándole un punto con la mano.

Gerard miró en la dirección señalada, divisando las siluetas de dos individuos que corrían velozmente hacia el puentecillo.

—¡Alto! —gritó, y su voz tableteó en innumerables ecos bajo el subterráneo.

Pero los individuos no detuvieron su marcha. Llegaron al puente, lo cruzaron y se detuvieron junto a las columnas estalagmíticas que hacían de lámparas.

Entonces, todas a una, las lámparas se extinguieron simultáneamente y la oscuridad más absoluta cayó en el interior del subterráneo.

Leyda exhaló un gritito de miedo. Por su parte, Gerard sintió que Athena se apretaba instintivamente contra él. Rodeó los hombros de la terrestre con su brazo libre.

—Agrúpense —dijo serenamente— y recuerden en todo momento las instrucciones que les he dado antes.

Los expedicionarios se unieron en espeso pelotón, dándose la espalda unos a otros, con el fin de presentar siempre la cara a sus posibles enemigos. Así permanecieron durante un largo par de minutos.

En todo aquel lapso de tiempo, el silencio fue absoluto. Después, poco a poco, empezó a oírse rumor de pasos de pies desnudos que se aproximaban al grupo de expedicionarios.

El ruido se acentuó. De pronto, Gerard lanzó un grito, una sola voz:

—¡Ahora!

Veinte lámparas portátiles se encendieron simultáneamente, desgarrando las tinieblas en todas direcciones. Las había de todos los tamaños y potencias, y dos o tres de ellas eran realmente enormes.

Un alarido unánime se escapó de la garganta de los trogloditas, terriblemente sorprendidos por aquella brillantísima iluminación que, ciertamente, no habían esperado y que, además, les cegaba, impidiéndoles ver a sus enemigos.

—¡Mantened las lámparas encendidas! —ordenó Gerard con voz vibrante.

El grupo permaneció inmóvil todavía unos momentos. La mayoría de los terrestres, aterrorizados, se habían dejado caer de rodillas al suelo, escondiendo el rostro entre las manos.

—¡Han traído las estrellas con ellos! —gritaban estremecidos de pavor.

Ninguno de los cavernícolas osó atacarles. Gerard suspiró satisfecho; el truco había dado óptimos resultados, tal como lo había esperado al ocurrírsele la idea.

De pronto, Athena lanzó un grito.

—¡Mira!

Un hombre, enarbolando en lo alto una pesada hacha de sílex, corría hacia el puentecillo.

—¡Es Oadhin! —exclamó Athena y, de repente, un súbito presentimiento, le atenazó el corazón—: Va, a matar al «extraño».

—¡Eso no se lo permitiré yo! —exclamó Gerard con vehemencia —. A ver, que dos o tres vengan conmigo. El resto, que nos sigan a distancia prudencial. Procuren en todo momento evitar el choqué con los nativos. Athena, ¿puedes tú guiarnos hasta dónde está ese hombre?

—Sí —contestó ella con vehemencia—. Venid conmigo.

Guiados por la muchacha, Gerard, Leyda y tres más echaron a correr, alumbrándose el camino con las lámparas, cosa que facilitaba notablemente su labor. Naturalmente, su carrera era mucho más dificultosa, puesto que todavía no se habían habituado del todo a la extremada gravedad de la Tierra, pero el entrenamiento de días pasados había hecho sus efectos y se movían con mucha más ligereza que a la llegada.

A medida que ganaban terreno, se adentraron por galerías y pasadizos de belleza sin igual. En más de una ocasión vieron mujeres y niños que se escondían temerosos de su presencia al verlos cruzar.

Athena no tuvo paciencia suficiente para mantener el paso relativamente lento de los marcianos. Inesperadamente, arrebató de las manos de Gerard la linterna eléctrica que éste empuñaba y se lanzó a toda carrera hacia adelante.

Gerard la llamó, pero todo fue inútil. La muchacha corrió hasta desaparecer de su vista en contados momentos.

El joven tomó otra antorcha y, haciendo un esfuerzo sobrehumano, consiguió adelantar al grupo unos metros. Salvó un segundo arroyo, rodeó un enorme lago, y al fin, desde una altura situada en el costado de una gigantesca sala, vio el centelleo de la lámpara que portaba la muchacha.

Descendió por la pendiente a todo correr. Cuando estaba a punto de llegar al nivel del suelo, oyó lo que le pareció un rugido de fiera.

Dos hombres salieron de pronto del interior de la pared. Peleaban entre sí como fieras, renegando atrozmente. Uno de ellos era el viejo de las barbas, el cual enarbolaba su hacha de piedra.

El otro vestía unos simples harapos y parecía no tener muchas posibilidades de sobrevivir, a pesar de que se resistía con todas sus fuerzas. No obstante, la larga permanencia en el fondo de la gruta había debilitado notablemente su naturaleza y era evidente que, aun siendo más joven que el troglodita, no podría resistirle por mucho tiempo.

En aquel momento llegó Athena y se abalanzó sobre el viejo, enfocándole el rostro con la linterna. Oadhin soltó un rugido de bestia herida y retrocedió, trastabillando.

Al hacerlo, el hacha de piedra se le desprendió de la mano, cayendo sobre la cabeza del prisionero, Éste, fulminado, se desplomó al suelo.

Gerard lanzó un grito de rabia al presenciar la escena. Sacando fuerzas de flaqueza, pues se sentía terriblemente fatigado, procuró imprimir a sus piernas toda la velocidad posible.

Oadhin volvió a incorporarse, saltando con la agilidad de un gato. Athena, valientemente, volvió a enfocarle la antorcha. El viejo aulló temerosamente.

La muchacha le golpeó el rostro con la lámpara. Oadhin cayó de nuevo. Su rostro tenía un color gris, debido al miedo que le invadía.

En aquel momento, el pie de Athena tropezó con el hacha caída en el suelo. La muchacha miró un segundo el cuerpo tendido y exánime del extraño. Una oleada de cólera hirvió súbitamente en su pecho. Se inclinó.

Gerard intuyó lo que iba a suceder y trató de evitarlo.

—¡Athena! ¡¡No!! —gritó.

Pero ya era tarde. El hacha de piedra se levantó un instante en el aire.

El alarido de terror de Oadhin quedó cortado bruscamente. Luego se desplomó. Las piernas del hombre se agitaron epilépticamente durante unos momentos y finalmente se inmovilizó.

En aquel momento, Leyda y los demás expedicionarios desembocaban en la gran sala. Todos corrieron hacia el lugar donde se había efectuado el breve combate.

Leyda fue la primera en llegar allí, justo en el momento en que el «extraño» se sentaba en el suelo, cogiéndose las sienes con ambas manos.

—¡Uf! —se quejó—. Mi cabeza, cómo me duele —y levantó la vista.

Inmediatamente, su rostro adoptó una expresión de inmenso estupor.

Lentamente, con tardos gestos, fue incorporándose. Con paso vacilante fue caminando hacia la joven marciana, quien, con las manos sobre el pecho, como si quisiera contener los tumultuosos latidos de su corazón, permanecía inmóvil, el rostro palidísimo, sin apenas respiración.

—¡Leyda! —exclamó el prisionero—. ¿Tú… aquí? ¿Qué haces?…

Miró en torno suyo, viendo un numeroso grupo de gente.

—Y éstos, ¿quiénes son? ¿Por qué estoy aquí?

En aquel momento, sonó un ahogado gemido.

—¡Ferd, Ferd! —gritaba histéricamente Leyda. Extendió sus brazos hacia él—: ¡Por fin te he encontrado!

Quiso avanzar hacia el hijo del profesor Ridelius, pero, de repente, las fuerzas le fallaron. Exhaló un ronco suspiro y se desplomó al suelo, perdido por completo el conocimiento.

* * *

Más tarde, Ferd Ridelius, despojado de las barbas que le habían cubierto el rostro, cortado el cabello, aseado y con ropas limpias, explicó sucintamente lo que le había sucedido.

—No recuerdo mucho, la verdad. Sólo sé que aterrizamos aquí y que instalamos un campamento de aclimatación gravitatoria antes de decidirnos a emprender una exploración de la Tierra. Fuimos atacados inesperadamente por los trogloditas y…, bueno, algunos de los nuestros fueron exterminados. Otros, aparentemente más afortunados, consiguieron ganar la astronave, pero algo les debió fallar y se hundieron en el lago. En cuanto a mí, lo último que recuerdo es la caída de la nave. Fue entonces cuando debieron golpearme en la cabeza —y se tocó la larga cicatriz que tenía en el lado izquierdo del cráneo.

Leyda, recobrada ya, sonrió amorosamente, apretándose contra el liberado.

—Y el golpe que, involuntariamente, te propinó aquel salvaje te devolvió la memoria perdida la primera vez.

—Así debió ser, según afirma el doctor Sanghor —exclamó Gerard—. Lo cierto es que debes la vida a Athena. Ella fue la que, en el último momento, consiguió desviar el golpe que te destinaba aquel salvaje.

—Oadhin y un grupo de sus fanáticos tenían dominados al pueblo subterráneo. Para conservar su poder la gente subyugada por ellos, les pintaban con los más negros colores lo que sucedía en el exterior. Ahora —dijo Leyda—, todo será distinto.

—Es cierto. Tenemos mucho que hacer. Hemos de disipar la superstición y la ignorancia en que han caído esas pobres gentes a lo largo de años y años de continuo embrutecimiento Hemos de reeducarles e instruirles en nuestros conocimientos.

—¡Mirad! —exclamó de pronto Athena.

Una larga hilera de hombres, mujeres y niños, miserablemente vestidos, salían por la entrada de la cueva, cerrando los ojos completamente deslumbrados al sentir en su rostro el resplandor del sol.

—Es el fin de las sombras —declaró Gerard, pasando la mano por encima del hombro de Athena. La muchacha no se resistió.

Muchos de los expedicionarios ayudaban a los trogloditas a dar sus primeros pasos en un mundo que les era completamente desconocido para ellos.

Leyda y Ferd se apartaron, estrechamente enlazados, felices al reencontrarse de nuevo.

Gerard sacudió la cabeza. Se sentía muy contento.

—La pobre… Esperó durante diez años, pero su fe ha tenido al fin la debida recompensa. Y esto me recuerda que he de enviar un mensaje al profesor, a fin de darle la buena noticia.

Miró a Athena. El rostro de la muchacha resplandecía. La tomó de la barbilla con la mano.

—Sí —suspiró—, creo que serás una buena esposa.

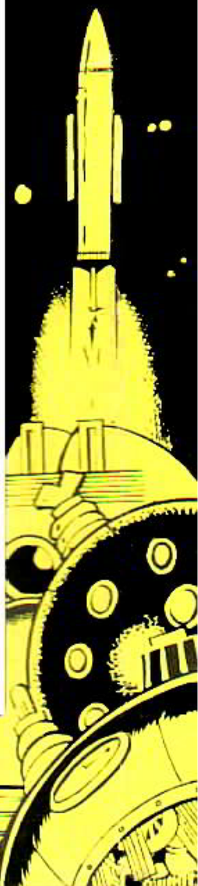
—¿Esposa? ¿Qué es eso, Gerard?

—Ven conmigo y te lo explicará mientras tanto.

La tomó de la mano y, juntos los dos, echaron a correr hacia la astronave, por encima de la cual brillaba un sol esplendoroso. Corrían hacia la luz, lejos de las sombras.







Escena de la película THE ISLAND EARTH.
Foto Universal Internacional

Precio en España: 6.-ptas. En Argentina: 10 pesos.



LUIS GARCÍA LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.

Notas

[1] San Juan, Apocalipsis, capítulo XVIII, versículo 2.º. <<